

El primer milenio a. C. en el área gallega: Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología

Antonio de la Peña Santos*

ABSTRACT

The archaeological research in Galicia are analysed, emphasising the scarcity of reliable data.

Starting from the Bronze Age, the castro phenomenon appeared during the transformations that occurred towards the 8th-7th centuries B.C. resulting in the appearance of the first «stable» settlements in the Northwest of the peninsula. The same period witnessed the progressive introduction of iron and a considerable increase in the production of artifacts made of bronze which contained lead.

Data on the Galician castros are scarce until the beginning of the 1st century B.C. The Roman conquest brings an enormous development, since the largest settlements date from this period, of expansion that concludes after the administrative and economic reforms of the Flavian period.

The appearance and development of the castro phenomenon in Galicia seem to be part of a local process, although it occurred within the general framework of the western lands of the Peninsula. In contrast with the traditional view, Galician society was evidently dynamic and very receptive.

RESUMEN

En la investigación arqueológica de Galicia la escasez de datos fiables exige prudencia para elaborar teorías e hipótesis.

Partiendo de la Edad del Bronce, la aparición del fenómeno castreño se relaciona con la aparición de los primeros asentamientos «estables» en el NW peninsular, asociados al progresivo uso del hierro y de artefactos de bronce ternario.

Pero los datos son escasos hasta cerca del cambio de Era, cuando la conquista romana supone un gran desarrollo en todos los sentidos, con los mayores poblados y una fase de apogeo que concluye en época Flavia.

La aparición y desarrollo del fenómeno castreño en Galicia, dotada de evidente dinamismo y receptividad, parece un proceso autóctono, aunque inscrito en el marco de las tierras occidentales de la Península.

1. INTRODUCCION

La génesis de la población galaica prerromana es, sin lugar a dudas, un proceso de muy larga duración, pero cuyo desarrollo más evidente, al menos en el estado actual de la investigación, corresponde al último milenio a. C. y va a estar directamente relacionado con el surgimiento y evolución del fenómeno castreño galaico. Recogiendo el espíritu de esta reunión, enfocaremos nuestra ponencia de cara no tanto a la formulación de nuevas hipótesis como al planteamiento de la problemática que afecta a la investigación actual, intentando con ello aportar una visión crítica que posibilite la apertura de futuras líneas de trabajo.

Conviene señalar desde un principio que por circunscribirse los límites geográficos asignados a esta ponencia al área administrativa de la Galicia actual, la cuestión de los límites territoriales corresponderá tratarla a los ponentes de Asturias, Meseta Norte y Norte de Portugal, si bien en relación con el tema concreto de los límites orientales del fenómeno castreño galaico existen interesantes aportaciones recientes (Esparza, 1983; 103-119).

Dividiremos la exposición en varios capítulos. En el primero pasaremos revista a los problemas más importantes que afectan en Galicia a la investigación arqueológica más reciente, lo que nos permitirá comprender mejor el desarrollo de los siguientes apartados. Un segundo capítulo se centrará en lo que hemos preferido denominar «Fase del Apogeo» de la Edad del Bronce —aproximadamente lo que se viene conociendo como Bronce Final—, cuya cronología estableceremos entre los siglos XII y VII a. C. Tras ello se pasará revista al mundo castreño galaico dividiéndolo en cuatro grandes apartados coincidentes con otras tantas fases de su proceso evolutivo¹; de Formación, que situamos entre los siglos VIII/VII y V a. C.; de Desarrollo, entre el siglo V a. C. y la conquista romana a finales del I a. C.; de Apogeo, coincidente con el final del reinado de Augusto y la Dinastía Julio-Claudia, y, por fin, la Fase de la Decadencia a partir de la Dinastía Flavia. Por las características de esta reunión, incidiremos sobre todo en las fases prerromanas, ya que es durante su transcurso cuando se produce la verdadera gestación de la población galaica; de los apartados correspondientes a la Romanización, destacaremos tan sólo las transformaciones más evidentes que trajo consigo.

En cuanto al apoyo bibliográfico, hemos dado preferencia a la producción gallega de los últimos diez años procurando la mayor exhaustividad aun a riesgo de que pueda parecer excesiva. De esta forma, el lector siempre podrá acudir a ella cuando desee ampliar alguno de los temas expuestos.

2. PROBLEMATICA GENERAL

A la hora de entrar en la exposición de los motivos que concurren en Galicia para que el estado de la

* Museo de Pontevedra.

¹ La periodización que proponemos ha de entenderse como provisional —en el más amplio sentido de la palabra— en tanto el volumen de información disponible no crezca de manera sustancial. Nos hemos basado en las discontinuidades que refleja la investigación actual.

investigación sobre el último milenio a. C. sea tan precario, encontramos varias causas principales. Unas son achacables a las características naturales del terreno gallego, cuya alta acidez ocasiona la rápida desaparición de la materia orgánica, lo que priva al investigador de una fuente de información de valor nada desdeñable; otras podemos considerarlas «*culturales*», como es el caso de la conocida ausencia de necrópolis durante el amplio período comprendido entre la transición Calcolítico-Bronce a inicios del segundo milenio a. C. y la romanización —cerca de dos milenios sin referencias funerarias—, con lo que se nos hurta toda la preciosa información que se deriva del estudio de los testimonios funerarios de una sociedad.

Pero si las dos causas citadas podemos tacharlas de irremediables, si son susceptibles de solución las que tienen como responsables directos, o indirectos, a los investigadores gallegos. Veamos este último problema desde la perspectiva de los últimos cuarenta años como precedente directo de la situación actual.

En el fondo de todo este asunto está la Universidad; es decir, la Universidad Compostelana, única —por el momento— para toda Galicia. Este detalle en concreto, que exista un único Departamento de Arqueología² en Galicia, ha generado, por falta de competencia, una cierta apatía y escasa actividad en la investigación universitaria de campo rotas tan sólo por breves etapas coincidentes con el paso de personalidades de la talla de Pericot, Balil o Luzón. Prueba evidente de lo que decimos lo constituye el hecho de que la primera Tesis Doctoral sobre Prehistoria se leyese a mediados de la década actual³. Todo ello ha redundado negativamente no sólo en el volumen de la investigación en Galicia, sino en el nivel de la misma, con la consiguiente falta de una «*escuela*» y la natural proliferación del investigador de formación más o menos autodidacta.

La reducida actividad universitaria dejó buena parte de la investigación arqueológica gallega en manos de meritorios aficionados. La escasa coordinación de estos investigadores fue ejercida desde los Museos Provinciales y desde el Instituto «Padre Sarmiento» de Estudios Gallegos⁴. Las carencias apuntadas se han visto reflejadas en cuestiones metodológicas, como sintetizar el mundo castreño sin tener en cuenta su evolución⁵ (Acuña, 1977: 235-253; 1980: 31-106; Acuña/Calo, 1978: 97-106; Hidalgo/Costas, 1982: 6-13; Romero Masiá, 1976; 1978: 18-23; 1988: 44-61); utilizar como marco referencial siempre a Galicia o, todo lo más, al Norte de Portugal o Europa Central y Occidental; aborrecer y rechazar por sistema todo aquello que «*oliese*» a Mediterráneo; emplear reiteradamente términos actualmente un tanto desfasados o de aplicación muy concreta como «*indoeuropeo/indoeuropeización*» (Agrafoxo, 1986: 158; Castro, 1987:

135; Pérez Outeiriño, 1982: 23; Varios, 1981: 10 y 16), «*hallstático/hallstattización/post-hallstático*» (Arias, 1984: 16; Agrafoxo, 1986: 154 y 158; Calo/Sierra, 1983: 19-85; Fariña/Arias/Romero, 1983: 103; López Gómez, 1985: 38; Pérez Outeiriño, 1982: 23; 1989: 90, 92 y 99; Romero Masiá, 1978: 19; 1988: 45; Varios, 1981: 10; Villares, 1985: 28), etc.; en fin, seguir soportando sin apenas rechistar la pesada losa del «*celtismo*» colocada como elemento nacionalista-diferenciador por los eruditos gallegos del siglo XIX y comienzos del XX (González López, 1980: 29-34; Instituto, 1979: 67; 1983; Pérez Outeiriño, 1982: 23; Romero Masiá, 1978: 19; Villares, 1980: 11; 1985: 28).

Si lo anterior es preocupante, no lo es menos comprobar que sólo desde hace muy pocos años comienza a trabajarse en Galicia dentro de planes sistemáticos de investigación⁶, cuando lo normal ha sido —y en cierto modo sigue siendo— que las excavaciones se planteen atendiendo a criterios más personales que científicos, que estas excavaciones carezcan de la necesaria continuidad en muchos casos y, sobre todo, que sus resultados sirvan tan sólo al director de los trabajos sin que el resto de la comunidad pueda aprovecharlos, porque, y aquí viene el mayor mal de la investigación gallega, **no se dan a conocer** en publicación (Casal, 1984: 11-13).

Múltiples excavaciones en yacimientos del más alto interés para la investigación permanecen inéditas desde hace más de un decenio. Para el período que afecta a esta Ponencia la lista es amplia: **Oirós, O Casal, A Lanzada, O Neixón, Torres de Oeste, Castromao, Penarrubia...**, de las que tan sólo se han dado a conocer mínimas referencias en estudios, por lo general, de síntesis. Los datos que permitirían un significado avance en la investigación se encuentran inéditos e inservibles hasta que sus «*propietarios*» se dignen darlos a conocer.

Vista someramente la problemática de la investigación de campo, pasemos revista a continuación al estado de los trabajos «*de laboratorio*» en Galicia.

Desde siempre, la interdisciplinariedad ha brillado por su ausencia. Apenas se conocen trabajos conjuntos entre arqueólogos, historiadores y filólogos —lo normal es que cada uno vaya por su lado—. Las excavaciones se reducían a meros trabajos de campo y apenas nada más. El tema del C-14 es ilustrativo a este respecto: La primera fecha obtenida para el mundo castreño es la de **Borneiro** (Eiroa, 1973b: 57-63), de 1972, que hay que rechazar por incoherente con el conjunto⁷; en 1977 se da a conocer una nueva fecha, en esta ocasión para el castro de **Penarrubia** (Arias, 1977-1978: 67; 1979: 613-622), y con estas dos dataciones estuvo funcionando la investigación hasta mediados/finales de la actual década. En cuanto a los

² Utilizamos la antigua denominación para evitar posibles confusiones.

³ Nos referimos a la Tesis Doctoral de Antonio Rodríguez Casal sobre la arquitectura megalítica tipo *Tholos* en la fachada atlántica.

⁴ El actual Instituto procede de la «*reconversión*» tras la Guerra Civil del antiguo Seminario de Estudios Galegos de tan fecunda labor.

⁵ Lo que ha llevado a considerar *de facto* la sincronía entre todos los castros de una determinada zona, y de ello extraer conclusiones demográficas o densidades parroquia/castro o castro/km², poco o nada fiables (Hidalgo/Costas, 1983: 159).

⁶ Por citar algún ejemplo, mencionaremos las prospecciones de castros del interior de la provincia de Pontevedra realizadas por X. Carballo Arceo (1986), y las del equipo dirigido por F. Criado Boado en la sierra de O Bocoelo y las enfocadas hacia el mundo calcolítico en la península de Morrazo que llevan a cabo M. García-Lastra Merino y J. M. Rey García.

⁷ Si ya era sospechosa la aparente desconexión entre los restos materiales y la fecha de C-14, una reciente datación que conocemos gracias a la gentileza de Ana Romero Masiá, directora de las excavaciones en este yacimiento, sitúa el mismo a mediados del siglo II a. C. (GrN-15, 890; 2095 ±/— 20 B. P.), lo que sin duda parece más real.

análisis compositivos de materiales de bronce, salvando algunas publicaciones muy concretas (Almagro, 1954: 21-27; 1960; Castillo, 1927; Eiroa, 1973a: 49-55; Ruiz-Gálvez, 1984: 344-357; Sierra, 1978; Sierra/Vázquez/Luis/Ferreira, 1984; Vázquez Seijas, 1953: 208-214), el panorama es bastante desolador. Para remediarlo se suscribió en agosto de 1984 entre la Dirección Xeral de Cultura de la Xunta de Galicia y el Instituto «Padre Sarmiento» de Estudios Gallegos, un «*Convenio de Investigación Arqueometalúrgica de Galicia*» coordinado por el profesor Sierra Rodríguez con un plazo de ejecución de seis meses y una dotación presupuestaria de dos millones de pesetas. De este Convenio y de sus resultados no se tiene noticia.

Dentro de este panorama tan poco halagüeño destaca la gran labor que viene desarrollando el profesor Vázquez Varela. Tanto en solitario como formando equipo con otros investigadores, su amplia y fértil labor abarca temas como la palinología (Aira/Vázquez Varela, 1985: 241-252; Jato/Vázquez Varela, 1972: 7-15; Vázquez Varela/Aira, 1988: 291-298), la metalurgia (Gutián/Vázquez Varela, 1975: 109-118), la tecnología cerámica (Gutián/Vázquez Varela, 1976: 275-280; 1981: 89-93), la agricultura (Torras/Díaz-Fierros/Vázquez Varela, 1980: 51-54; Vázquez Varela, 1974-1975: 195-198), la ganadería (Vázquez Varela, 1973: 309-316; 1977: 641-644), los «*concheiros*» (Vázquez Varela, 1975a: 500-503; 1975b: 291-295; 1975c: 141-146), la pesca (Vázquez Varela, 1976: 83-86; 1978: 79-90) o la economía (Vázquez Varela, 1980a: 197-204; 1983a: 95-102; 1983b: 147-158), sin olvidar las obras de síntesis (Vázquez Varela, 1980b; 1984: 35-55). Sus estudios son aportaciones básicas para comprender el desarrollo de la sociedad galaica en el último milenio a. C.

Pero otra de las consecuencias de la tónica general de retraso ha sido que Galicia haya ido casi siempre a remolque no sólo de las investigaciones de los colegas portugueses y del resto de España, sino, y esto es sintomático, de las obras de autores extranjeros sobre Galicia, empezando por Obermaier (1923) y siguiendo con McWhite (1951), Anati (1968), Bouhier (1979), Borgna (1980), Tranoy (1981) o Coffyn (1985). Huelgan otros comentarios.

En cuanto a la realidad actual, hemos de reconocer que es altamente esperanzadora en lo referente al personal investigador y no tanto por lo que respecta a la política general sobre la investigación. Por un lado, se está comenzando a trabajar dentro de planes sistemáticos con planteamiento interdisciplinar y con una distinta y más amplia visión de la problemática general. En este aspecto se ha dado un verdadero paso de gigante y los resultados comienzan a estar a la vista. Pero como no todo va a ser positivo, ahí está la actual Administración Autonómica con su extraña política arqueológica, pues no puede sino tildarse de extraño, por poner tan sólo dos ejemplos, que se hayan dejado de editar las Memorias de las excavaciones⁸ o que se promulguen Decretos de más que dudosa constitución

restringiendo los trabajos de campo a una actuación anual por arqueólogo... Acaso la explicación haya que buscarla en la considerable ascendencia que sobre los actuales responsables de la política arqueológica gallega ejercen ciertos arqueólogos, de rancio prestigio local, capaces de defender públicamente ideas tales como que no se deben excavar más castros, «*porque de ese tema ya se sabe bastante*», o que hay que dar preferencia sobre los trabajos de campo al estudio y publicación de los materiales de antiguas excavaciones almacenados en los museos... Más adelante tendremos ocasión de ver cuánto sabemos en realidad del mundo castreño galaico y lo poco significativos que pueden resultar los materiales descon- textualizados (Höck, 1980: 68).

Finalizaremos este capítulo recomendando que nadie se llame a engaño. Todo lo que antecede no responde a una perspectiva catastrofista de la realidad arqueológica gallega. Si el objetivo último de esta reunión es sentar las bases de futuras investigaciones, bueno es que como punto de partida se conozca la verdadera problemática sin acudir a triunfalismos que a nada positivo conducen (Instituto, 1979: 65). Por otro lado, la situación gallega no es ni mucho menos única; todos sabemos lo que ocurre en otras zonas peninsulares.

3. EL APOGEO DE LA EDAD DEL BRONCE

Hacia el siglo XII a. de C., tras los oscuros tiempos coincidentes con lo que de forma un tanto errónea se ha venido denominando Bronce Medio (Ruiz-Gálvez, 1984b: 337), comienzan a detectarse en el territorio gallego los primeros síntomas de una intensificación en los contactos atlánticos, que a partir de estos momentos se convertirán en el factor clave del desarrollo de estas comunidades durante el último milenio a. C.

El período final de la Edad del Bronce en Galicia —que personalmente preferimos denominar «*Fase de Apogeo*»— ha sido tradicionalmente dividido en tres etapas atendiendo con preferencia a criterios morfotológicos y técnicos en el instrumental metálico. Pese a que somos conscientes de lo artificial de esta división (Vázquez Varela/Cano Pan, 1988: 286), la seguiremos para resumir el estado actual de los conocimientos sobre el tema.

PRIMERA ETAPA

Abarcaría aproximadamente los siglos XII y XI a. C. Comienza durante su transcurso a ser cada vez más evidente la presencia de la metalurgia de sello atlántico en el área gallega, como ponen de relieve, entre otros, los estoques de lengüeta trapezoidal y la punta de lanza de bordes ondulados tipo *Rosnoën* dragados en el río Ulla (Peña Santos, 1985b: 22-28; 1985c: 313-318); al mismo tiempo aparecen las primeras hachas de tope con anillas. Las aleaciones utilizadas en esta metalurgia siguen siendo las clásicas binarias.

⁸ La colección *Arqueoloxía-Memorias*, que suponía la máxima fuente de información en cuanto a trabajos de campo realizados en Galicia, se encuentra en la actualidad paralizada. La última Memoria publicada corresponde a la campaña 1984 en *Coto do Mosteiro* (Orero Grandal, 1988b).

Mucho peor conocida es la cerámica. Probablemente será durante esta etapa cuando aparezcan esos peculiares vasos conocidos como «*de ancho borde horizontal*». La cronología y funcionalidad de estos recipientes plantea todavía no pocos problemas (López Cuevillas, 1974: 1-12; Calo/Sierra, 1983: 66-67; Fábregas/Fuente, 1988: 97-98; Ruiz-Gálvez, 1984a: 434-438) por su reiterada aparición como elemento «*intrusivo*» en los túmulos megalíticos; este es el caso de los ejemplares de **Xendive** (Bouza-Brey, 1936: 236-241; Fábregas/Fuente, 1988: 97); **Guillar** (López Cuevillas/Chamoso, 1958: 278; Fábregas/Fuente, 1988: 255); **Oirós 5** (Calo/Sierra, 1983: 66-67; Fábregas/Fuente, 1988: 97) y **Gándara Cha**⁹. Ello ha contribuido a suponerles un carácter funerario, si bien su aparición en contextos de otro tipo como las fosas del **Coto da Laborada** (López Cuevillas/Lorenzo, 1930: 16-28; Fábregas/Fuente, 1988: 97) o el asentamiento de **Portecelo** (Cano Pan, 1987: 39) abre nuevas perspectivas en una problemática todavía pendiente de resolución.

Es precisamente este último yacimiento de **Portecelo** (Cano Pan, 1987: 35-46; Vázquez Varela/Cano Pan, 1987: 95-100; 1988: 281-287) el único testimonio claro de los asentamientos de esta primera etapa. Su carácter estacional parece desprenderse de la carencia de cualquier resto de estructura de tipo defensivo, su posición en ladera y las evidencias de construcciones habitacionales de materiales perecederos. Correspondería a un sistema de economía básicamente agrícola de tipo itinerante, como testimonian los molinos planos y los granos de cereal y de bellota carbonizados recogidos en las recientes excavaciones. Las cerámicas del yacimiento son de técnica manual y pastas groseras; junto a restos del tipo «*de ancho borde horizontal*» son significativas las formas con fondo plano, bordes variados y decoraciones diversas entre las que señalaremos cordones aplicados, incisiones simples y digitaciones corridas verticales, sin que falten los mamilos. Junto a todo ello, una abundante industria de cantos tallados de cuarcita típica de la zona costera meridional pontevedresa hasta tiempos históricos (Cano Pan, 1988: 245-258).

Dentro de todo el complejo mundo de las relaciones atlánticas se observan también puntos de contacto con las tierras de la Meseta, perceptibles tanto por la presencia de algunos instrumentos metálicos (Fernández Manzano, 1984: 5-25; 1986) como de los fragmentos de cerámica decorada con técnica de boquique de **Covas** (Rodríguez Colmenero/Delibes, 1973: 57-61) y de **Illa de Barxés** (Calo/Sierra, 1983: 62-63)¹⁰.

SEGUNDA ETAPA

Sus límites cronológicos aproximados comprenderían los siglos X y IX a. C. Durante este tiempo se produce un claro desarrollo en la evolución de las

hachas de tope con anillas y aparecen las espadas de hoja pistiliforme como exponente de la intensificación de los contactos atlánticos. Las aleaciones siguen siendo mayoritariamente binarias, aunque es en estos momentos cuando comienza a ser detectada una pequeña adición de plomo que serviría para mejorar la fluidez de la colada (Sierra, 1978: 37).

Podrían incluirse dentro de esta etapa los testimonios de orfebrería localizados en Galicia, no por escasos menos significativos. Al tipo *Villena* pertenecerían los brazaletes de **Toén** (Coffyn, 1985: 397; López Cuevillas, 1951: 63-64; Ruiz-Gálvez, 1984a: 102), y de la **Provincia de Ourense** (Coffyn, 1985: 397; López Cuevillas, 1951: 60; Ruiz-Gálvez, 1984a: 103-104) y el casco/cuenco de **Leiro** (Calo/Sierra, 1982: 19; Coffyn, 1985: 398; Ruiz-Gálvez, 1984a: 62-63 y 393; 1989: 48); y al tipo *Bodonad de la Sierra* uno de los brazaletes de **Lamela** (Ruiz-Gálvez, 1984a: 117; 1989: 52).

Por ser totalmente desconocidos los asentamientos propios de esta etapa, no podemos abordar otros temas con las mínimas garantías.

TERCERA ETAPA

A partir del siglo IX a. C. y hasta por lo menos el VIII, se produce el verdadero despegue de la Edad del Bronce en el territorio gallego. El desarrollo e intensificación de los contactos atlánticos —la *Koiné* de Monteagudo (1983: 365-394)—, unidos al propio dinamismo de las comunidades galaicas, traerán como consecuencia la eclosión de uno de los más importantes focos metalúrgicos del momento, que se inscribirá dentro de lo que se ha denominado *horizonte Baiões-Vénat* (Ruiz-Gálvez, 1984a: 212-214).

Surgen grandes depósitos de bronce (Coffyn, 1985; Monteagudo, 1965: 13-35; 1973: 128-142; 1977; Ruiz-Gálvez, 1979: 129-150; 1984a; Sierra/Martínez, 1975: 121-161; Sierra/Vázquez/Luis/Ferreira, 1984) como prueba del dinamismo y pujanza alcanzados por los talleres metalúrgicos atlánticos, cuyas producciones alcanzarán las costas sardas e itálicas (Ruiz-Gálvez, 1986: 9-42). Pese a que el elemento más característico seguirá siendo el hacha de tope con anillas, el repertorio de producciones se amplía con la aparición de las hachas tubulares, las lanzas largas, los calderos y hoces de tipo británico, los ganchos para la carne, útiles diversos —cinceles, formones, etc.—, todo ello junto a las espadas de hoja en lengua de carpa y una gama de objetos de adorno entre los que sobresalen los brazaletes y los colgantes. De los contactos a larga distancia mantenidos con el Mediterráneo es prueba palpable la espada tipo *Sa-Idda* dragada en el río Ulla (Coffyn, 1985: 388; Ruiz-Gálvez, 1980: 100-101; 1984a: 57).

Desde el punto de vista tecnológico, los bronce de esta etapa se funden por regla casi general empleando aleaciones ternarias en las que el plomo alcanza porcentajes cada vez más elevados a costa tanto del cobre como del estaño. Este detalle, que se intensificará en los siglos siguientes, es de difícil explicación, ya que supone una pérdida de resistencia en los objetos así fabricados que los hará inútiles para una actividad mecánica (Sierra, 1978: 39), cosa particularmente grave —en principio— en piezas como las hachas, a las

⁹ Referencia de X. Carballo Arceo en el archivo de la Catalogación Arqueológica del Museo Provincial de Pontevedra.

¹⁰ Estos datos han de ser manejados con suma prudencia por proceder de hallazgos superficiales y, que sepamos, descontextualizados, máxime existiendo en el Noroeste un significativo conjunto de cerámicas calcólicas decoradas con una técnica de «*punto en rayas*» muy semejante —por no decir idéntica— a la de boquique del mundo Cogotas I.

que se ha supuesto destinadas a labores deforestadoras (García Martínez, 1988: 41; Instituto, 1983b; Sierra, 1979: 212). Si estas hachas —por otra parte numerosísimas— dada su riqueza en plomo resultarían prácticamente inservibles para las labores de tala, habrá que buscar argumentos convincentes que expliquen, primero, su funcionalidad y, segundo, el motivo de la «adulteración». A la primera de las preguntas se ha respondido que las hachas fuertemente plomadas servirían como elemento para atesorar unos metales de valor creciente (García Martínez, 1988: 42; Sierra, 1985: 247; Sierra/Vázquez/Luis/Ferreira, 1984: 113-115), lo que en principio no parece muy lógico, pues lo más sensato sería disponer de los componentes por separado, de forma que permitiese mezclarlos en la proporción deseada (Ruiz-Gálvez, 1987: 260), sin mencionar lo chocante que resulta un lingote de tal complejidad formal... En cuanto a las causas que inducirían a esta «adulteración», acaso haya que pensar en unas dificultades de abastecimiento que impidiesen hacer frente con las debidas garantías a una demanda cada vez más fuerte. Más adelante tendremos ocasión de retomar este complejo tema.

Apenas son conocidos los asentamientos de esta etapa. En **Chan dos Carris**¹¹, una pequeña prospección puso de relieve la existencia de restos poco claros de estructuras precerámicas junto con abundantes fragmentos de cerámicas de pastas muy toscas de fabricación manual y un puñal de bronce de hoja nervada posiblemente relacionable con los modelos en lengua de carpa. En **O Casal** se documentó un amplio conjunto de fosas excavadas en el subsuelo de granito meteorizado con formas hemisféricas y piriformes (Calo/Sierra, 1983: 56 y 65; Peña Santos, 1986a) dentro de las cuales se recogieron numerosos molinos planos en desuso, hachas pulimentadas, y un repertorio de cerámicas de pastas groseras, fabricación manual y formas de base plana con cuerpo en S poco marcada, generalmente lisas o con sencillas decoraciones incisas y plásticas. Ambos asentamientos carecen de defensas y responden con bastante claridad al modelo de economía itinerante de base agrícola característico —con toda probabilidad— del Bronce en el territorio gallego. La presencia del conjunto de fosas de **O Casal**, con amplias referencias en el N. de Portugal, nos coloca ante un tipo de estructura de funcionalidad poco clara; de hecho, se ha pensado en su posible relación con prácticas funerarias, si bien en la actualidad la hipótesis más aceptada es la que supone para estas fosas un carácter de silo para almacenar productos agrarios, que posteriormente serían utilizadas como basurero al levantar el campamento (Oliveira, 1988: 91).

Para finalizar mencionaremos un tema tan peculiar del mundo galaico prerromano como es la ausencia de restos relacionables con las costumbres funerarias (Carro, 1975: 124-129). Desde comienzos del segundo milenio a. C. y hasta la Romanización, se abre un amplísimo período —cerca de dos milenios— sin testimonios funerarios. La costumbre de arrojar armas a las aguas, propia de la Edad del Bronce y que en

Galicia tiene su reflejo en los hallazgos del río **Miño** (Meijide/Acuña, 1985: 174-187), laguna de **Alcaíán** (Coffyn, 1985: 42; Monteagudo, 1957: 27-30; Ruiz-Gálvez, 1984a: 52) y, sobre todo, río **Ulla** (Peña Santos, 1985b: 22-28; 1985c: 313-318; Ruiz-Gálvez, 1982: 179-196), ha sido interpretada bien como un culto «a» o «em» las aguas, bien como parte de un ritual funerario (García-Fernández Albalat, 1985: 280-283; Ruiz-Gálvez, 1982: 179-196). Aunque así fuera, el hecho es que para toda la etapa castreña prerromana carecemos de referencias claras; no olvidemos en este sentido que los más que discutibles hallazgos que se han querido vincular a costumbres funerarias —«necrópolis» de **Meirás** (Carro, 1968: 115-119; García Bellido, 1966: 12-17; Luengo, 1950), «urna funeraria» de **Santa Adegá** (Calo/Sierra, 1983: 71), conjunto de recipientes de **San Millán** (Rodríguez/Fariña, 1986: 63-65), etc.— proceden con casi total seguridad de niveles de época romana. La ausencia de necrópolis contribuye a reforzar la imagen peculiar y distintiva del mundo galaico prerromano, pero la pregunta sigue en el aire: ¿Qué tipo de ritual funerario se practicaba en el territorio gallego —si es que se practicaba alguno— que no llamó la atención de los escritores greco-latinos, tan proclives, por otra parte, a señalar cualquier rasgo de *barbarie*? Aunque por una simple cuestión cronológica se ha supuesto que eran incineradores (García Bellido, 1966: 6-7), el asunto dista mucho de tener respuesta.

Comoquiera que será durante esta etapa de finales de la Edad del Bronce cuando se vaya produciendo el cambio gradual en el modelo de asentamiento que dará lugar a la eclosión del mundo castreño —de hecho apenas existen discontinuidades claras entre las producciones materiales de esta época y las propias de la fase castreña de formación—, completaremos la revisión de los aspectos económicos y sociales en el apartado siguiente.

4. EL MUNDO CASTREÑO GALAICO

4.1. Fase de formación (ss. VIII-V a. C.)

Desde un momento impreciso que podemos situar hacia el siglo VIII a. C., vamos a asistir a una amplia serie de transformaciones, entre las cuales la más visible será la aparición de los primeros poblados de carácter estable: los *castros*, cuyo desarrollo constituirá ese peculiar fenómeno que se ha dado en llamar, con criterio un tanto discutible, la «*Cultura Castreña del NW*».

Al analizar los motivos que provocan la aparición de estos poblados, la bibliografía gallega más reciente se mueve, como era de esperar, entre el tópico y la tradición, sin lograr desprenderse del modelo invasorista-migracionista pese a las advertencias de Maluquer (1975: 16). Así, si para unos la causa sería, sin más, la llegada de las manidas invasiones indoeuropeas (Pérez Outeiriño, 1989: 90; Varios, 1981: 16), otros numerosos autores matizan algo más, suponiendo que estos aportes étnicos externos, aunque minoritarios, se harían con el poder y se fusionarían con la población autóctona (Agrafoxo, 1986: 154; Arias, 1987: 17;

¹¹ Yacimiento en ladera sondeado en 1977 por A. Costa Iglesias y del que no ha sido publicada referencia alguna. Los materiales recogidos en aquella ocasión se guardan en el Museo Provincial de Pontevedra.

Instituto, 1983a; Romero Masiá, 1978: 19; 1988: 45; Vázquez Varela, 1984: 52; Villares, 1980: 11; 1985: 28). Entroncando con lo anterior, el hecho de que a partir de este momento los poblados aparezcan rodeados de estructuras defensivas ha querido ser explicado por una supuesta situación general de peligro (Romero Masiá, 1984-1985: 31) o por la influencia céltica (Pérez Outeiriño, 1982: 23)...

En nuestra opinión, el tema es bastante más complejo. Desechada totalmente la cómoda idea de una inmigración que lo explicase todo, nos parece que no se puede buscar una única causa, sino una conjunción de factores de diversa índole, en la base de los cuales estaría siempre el cada vez más evidente dinamismo de las comunidades indígenas. En la época en que nos movemos parecen producirse grandes transformaciones, parte de las cuales comenzaron a dibujarse en la etapa anterior. El asentamiento de los fenicios al occidente del Estrecho de Gibraltar (Aubet, 1983: 824; Gasull, 1986: 194; Ruiz-Gálvez, 1986: 27 y 34) y el control que a partir de estos momentos van a ejercer sobre las relaciones de intercambio atlánticas (Alvar, 1980: 43 y 49), supondrán una profunda alteración en los mecanismos y circuitos de intercambio establecidos en las centurias anteriores; la progresiva introducción en el mercado de un nuevo instrumental de hierro se dejará sentir negativamente sobre los tradicionales centros productores o distribuidores de la metalurgia del bronce (Maluquer, 1977: 13; Ruiz-Gálvez, 1987: 258), desapareciendo el *horizonte* Baiões-Vénat (Ruiz-Gálvez, 1986: 11) y obligándoles a una producción mayor y más competitiva; la transición climática Suboreal-Subatlántica que se produce en estos momentos (Díaz-Fierros/Torras/Vázquez Varela, 1979: 55-60; Dupré, 1988: 121-122; Margalef, 1956: 5-9), con el consiguiente enfriamiento y fuerte aumento de la pluviosidad, necesariamente habrá incidido sobre el régimen económico; por último, es más que palpable un claro desarrollo de la agricultura, que pasa de un sistema itinerante de subsistencia a diversificarse y a generar excedentes en buena cantidad.

Estos avances en los sistemas de explotación agraria posibilitarían la progresiva fijación de la población al territorio y, consecuentemente, la aparición de los primeros poblados estables, fenómeno que no se puede desligar de la compleja serie de transformaciones ya mencionada. En todo este proceso no se detecta la presencia de aportes étnicos foráneos de ningún tipo, aunque sí la existencia de contactos con otras zonas de la Península.

Este cambio en el modelo de asentamiento es, lógicamente, gradual, y no parece afectar de manera idéntica a todo el territorio gallego. Junto a los primeros poblados estables seguirán existiendo, dependiendo del grado de desarrollo económico, los asentamientos temporales característicos de la etapa anterior. A este respecto, encontramos restos relacionables con esta época en supuestos niveles antiguos de ciertos castros como el de **O Facho** (Peña Santos, 1986a), **A Peneda** y otros, así como en alturas como **Torres de Padín**¹² o en laderas aterrazadas (?) como en la isla **Cies Norte**

(Peña Santos, 1986a), sin que podamos saber si corresponden o no al nuevo modelo de asentamiento en tanto no se realicen las pertinentes excavaciones. La completa fijación al territorio no parece haber tenido lugar con anterioridad al siglo V a. C., y esto lo decimos con las mayores reservas ante la falta de datos. De hecho, es más que probable que buena parte de los yacimientos que hemos mencionado al hablar del final de la Edad del Bronce pertenezcan cronológicamente a esta etapa transicional, y lo mismo podríamos suponer para algunos depósitos de bronce.

Desde el primer momento, en estos nuevos poblados van a estar presentes algunos de los elementos más característicos y peculiares del fenómeno castreño galaico. En la elección del asentamiento se tendrán en cuenta sobre todo tres tipos de factores: Estratégicos, situándolo en las proximidades de zonas de paso; defensivos, eligiendo un montículo de fácil protección llegado el caso; económicos, emplazando el poblado en las proximidades de las zonas de máximo aprovechamiento, a menos de una hora de camino de los terrenos de labor o de los lugares de pesca o marisqueo. Estos tres patrones de asentamiento serán norma casi general a todo lo largo del desarrollo de este fenómeno (Peña Santos, 1987a; 1987b; 1987c) y sólo se verán alterados tras las transformaciones socioeconómicas producidas por la romanización, cuando aparecen otros poblados de función específica (Fernández Ochoa, 1988: 345-362; Luzón/Sánchez-Palencia, 1980).

Más arriba hemos mencionado las teorías que intentan explicar el porqué de la fortificación de estos poblados dando por supuesto un constante clima de inseguridad. La realidad es que hoy por hoy, que sepamos, no se ha podido constatar arqueológicamente con absoluta seguridad la existencia de niveles de destrucción general violenta en ninguno de los castros excavados. La escasez de restos relacionables con armamento en el registro arqueológico también apuntaría en este sentido. Todo ello no deja de contradecir bastante las teorías ya mencionadas y aquellas otras que presentan a los galaicos prerromanos como individuos helicosos (Acuña/Calo, 1987: 103; Gimeno, 1985: 147; Instituto, 1983a; Pérez Outeiriño, 1989: 92) tomando como referencia a las Fuentes. Personalmente, creemos que la fortificación de los poblados es consustancial con su propia condición de permanencia independientemente de que la época sea más o menos conflictiva o inestable. Operaría un sensato mecanismo de prevención. Suponer un estado de guerra permanente tomando como base para ello la existencia de fortificaciones es simplificar las cosas. Por otro lado, en el número e importancia de las estructuras defensivas de un poblado pueden influir factores como el poderío económico, el prestigio, etc.

El caso es que ya desde la transición entre los siglos VIII-VII a. C. tenemos ejemplos de castros en el territorio gallego, con sus recintos defensivos de murallas aterrazadas de mampostería y fosos, particularmente evidentes en los castros de **Torroso** (Peña Santos, 1986a; 1987a: 113-136; 1987b; 1987c; 1988b) y de **Penalba** (Alvarez Núñez, 1986). Son poblados cuya superficie interior, en los casos conocidos, ronda

¹² Materiales recogidos por J. Martínez Sigüenza, descubridor de este asentamiento, a quien agradecemos la cesión del dato.

la hectárea, y cuya planta general manifiesta una clara tendencia hacia la forma curva. Este último aspecto, que será característico del fenómeno castreño galaico hasta la romanización, se ha interpretado como una servidumbre a los condicionamientos topográficos del terreno, suposición no del todo correcta, porque, como se ha dicho recientemente (Fariña/Arias/Romero, 1983: 95-96), cuando éstos no existen, como en los castros de llanura (Rego/Pombo, 1976: 166), la planta de los poblados sigue siendo circular u ovalada.

Un aspecto del mayor interés reside en el estudio de la arquitectura doméstica de esta fase de formación. Es conocida la hipótesis, manejada por la bibliografía más reciente y referida a la progresiva «petrificación» de las estructuras habitacionales castreñas, según la cual se partiría de construcciones de materiales perecederos para llegar, andando el tiempo, hasta la generalización de la mampostería. Basándose en los más que discutibles resultados de la excavación de **Cameixa** (López Cuevillas, 1952: 75-91; López Cuevillas/Lorenzo, 1946: 10-13; 1948: 288-305; 1986), y en la aparición de restos de manteado de barro en niveles antiguos de varios poblados, los diferentes autores que han estudiado recientemente el tema han fijado la adopción de la construcción doméstica de mampostería desde el siglo VII a. C. (Coelho, 1983-1984: 125-126), desde el IV a. C. (Ferreira de Almeida, 1983: 71; 1984: 35-36), desde el III a. C. (Ferreira de Almeida, 1986: 161) o entre los siglos VI y II a. C. (Fariña/Arias/Romero, 1983: 120-123); incluso, se llega a pensar en una petrificación progresiva desde el zócalo hasta el remate superior entre el VI y el IV a. C. (Arias, 1984: 19).

Aunque no estamos en condiciones de rechazar estas hipótesis, lo cierto es que en esta fase parece clara la convivencia de cabañas de materiales perecederos y estructuras «típicas» de mampostería. Restos de las primeras se documentan en los niveles de inicios del siglo VII de **Torroso** (Peña Santos, 1986a; 1987a: 118; 1987b; 1987c; 1988b); durante el VI a. C. las observamos en **Castromao** (Calo/Sierra, 1983: 34), **A Lanzada** (Fariña, 1982: 219), **Penarrubia** (Arias, 1977-1978: 67; 1979: 613-622) y **Penalba** (Alvarez Núñez, 1986), y en niveles de datación imprecisa de **Alobre** (Bouza-Brey, 1957: 73-110) y **Cameixa**. No obstante lo anterior, ya desde finales del VII a. C. encontramos estructuras habitacionales de mampostería en **Torroso** (Peña Santos, 1986a; 1987a: 115-118; 1987b; 1987c; 1988b), y a lo largo del VI a. C. las vemos en **A Lanzada** (Fariña, 1982: 219) y **O Neixón** (Calo/Sierra, 1983: 35); si a ello añadimos que en todos estos castros antiguos tanto las murallas como los aterrazamientos, etc., se construyen con mampostería —por más que ésta sea tosca—, es fácil deducir que la edificación en piedra es consustancial con el fenómeno castreño galaico desde sus orígenes, y lo que cabe preguntarse es por qué no se utiliza *siempre* en las cabañas si, como se ha dicho acertadamente (Fariña/Arias/Romero, 1983: 107), disponían de la tecnología adecuada para hacerlo.

Para abordar el problema utilizaremos los datos de dos yacimientos de cronología aproximada, pero con

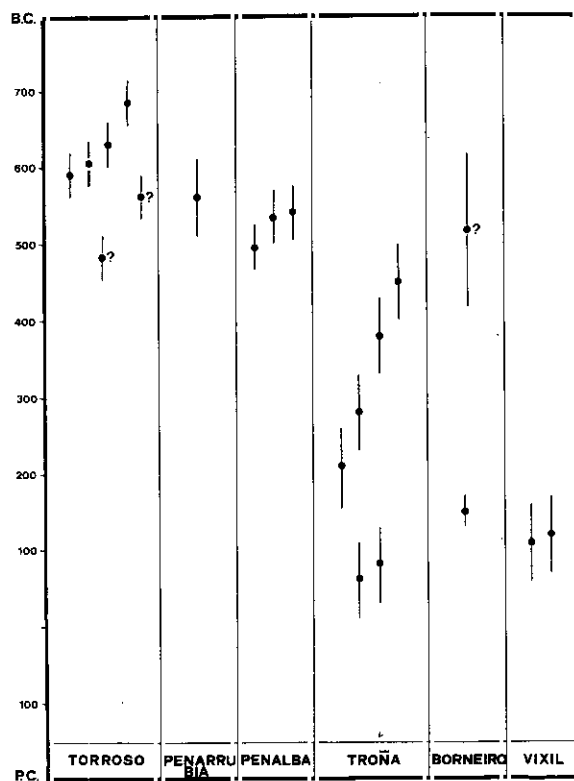


FIG. 1. Dataciones de C14 para el fenómeno castreño en Galicia. Llevan interrogante las consideradas dudosas.

marcadas diferencias: los castros de **Torroso** y de **Penalba**. En aquél, a finales del VII a. C. aparece plenamente implantada una arquitectura doméstica en piedra que, salvando las deficiencias técnicas impuestas por la escasa experiencia y la ausencia de un adecuado instrumental de cantería, podemos considerar «típicamente» castreña, con muros de mampostería de doble paramento mejor rematados por el exterior y espesor medio de 40 cm., plantas circulares o con tendencia a lo circular, etc.; en **Penalba**, por contra, durante el siglo VI a. C. las estructuras habitacionales consisten en cabañas de planta circular con hogares cerrados centrales —ausentes en **Torroso**— y en las que la fábrica de piedra se reduce a sencillos zócalos. Otra diferencia entre ambos poblados se ve en los interiores de las cabañas: simples suelos pisados en **Torroso** frente a buenos pavimentos o, incluso, enlosados, en **Penalba**.

La posible explicación para estas diferencias tal vez podamos rastrearla no en aspectos cronológicos ni tecnológicos, sino en el régimen económico particular de cada uno de estos dos poblados. El análisis de los datos aportados por las excavaciones parece dar a entender que todo lo que en **Torroso** aparenta estabilidad, en **Penalba**, al contrario, refleja cierta precariedad, como si estuviésemos ante el resultado de dos sistemas económicos diferentes, el uno plenamente sedentarizado mientras que el otro no habría alcanzado ese grado de desarrollo. Argumento a favor de esta hipótesis podría ser la evidencia detectada en **Penalba** de sucesivas reocupaciones de varias viviendas —con

varios pavimentos y hogares superpuestos—¹³ que nos trae a la memoria un fenómeno semejante observado en poblados del grupo Soto de Medinilla en el que se ha querido ver el reflejo de una economía de modelo itinerante (Romero Carnicero, 1985: 90). Sea como fuere, es más que probable que un poblado «estable» disponga de cabañas duraderas, y que por contra un poblado «precario» las construya con materiales perecederos. Pero en cualquiera de los casos, queda claro que ya desde su formación, el fenómeno castreño galaico se caracterizará por su peculiar arquitectura doméstica, con cabañas de reducidas dimensiones y planta mayoritariamente circular, lo que nos permite pasar a considerar el tema del origen de este sistema arquitectónico.

Las plantas circulares, en las que se ha querido ver una posible filiación mediterránea (Calo/Sierra, 1983: 34-35; García Bellido, 1971: 25-35) parecen ser propias del mundo atlántico a diferencia de las rectangulares, éstas últimas peculiares del área europea continental (Ruiz Zapatero/Lorrio/Martín, 1986: 79-80). Este carácter atlántico ha sido tomado como prueba de conexiones directas entre el Noroeste peninsular y las Islas Británicas (García Bellido, 1971: 25-35). Aunque tanto Blanco Freijeiro (1960: 180-181) como Maluquer (1975: 275) hicieron ver la posibilidad de que su origen esté en las cabañas de materiales perecederos típicas del Bronce o, incluso, de tiempos anteriores, no faltan autores que sospechan una comunidad de origen entre las cabañas galaicas y las de los poblados alaveses y meseteños de la Primera Edad del Hierro dentro del marco de la «indoeuropeización» de la Península (Llanos, 1974: 142; Palol, 1974: 99). Esta asociación no deja de ser problemática si consideramos la cronología manejada en la actualidad para la arquitectura doméstica de las diferentes áreas mencionadas; así, mientras que en el territorio galaico las cabañas de planta circular aparecen implantadas desde finales del VII a. C., en los poblados alaveses de **Castillo de Henayo** y **Peñas de Oro** no se detectan con anterioridad a los momentos finales del VI a. C. (Ruiz Zapatero, 1985: 590 y 594), y en el castro soriano de **Zarranzano** no surgen antes del V a. C. (Romero Carnicero, 1984: 197). Por contra, en el grupo Soto de Medinilla, con el que algunos autores han querido emparentar el mundo castreño galaico (Esparza, 1983: 90; García Bellido, 1971: 27; Hawkes, 1984: 187-203; Palol, 1974: 99), las casas circulares se fechan a partir del VIII a. C. (Esparza, 1987: 366; Ruiz Zapatero, 1985: 629); sin embargo, los contactos entre los castros galaicos y el grupo Soto son hoy por hoy poco perceptibles, como más adelante veremos (Fernández-Posse/Sánchez-Palencia, 1988: 101).

Hay otros factores a tener en cuenta. Parece claro que desde un punto de vista técnico, la cabaña de planta circular se adapta mejor a una superficie irregular y es la de construcción más sencilla y de más fácil cubrición (Giese, 1951: 568), lo que explicaría su gran pervivencia en zonas deprimidas (García Bellido, 1967: 41-54). El factor climático ha sido también

considerado, por ofrecer estas construcciones mayor resistencia que las esquinadas (Hawkes, 1984: 187) y como argumento para explicar sus reducidas dimensiones (Sánchez-Palencia/Fernández-Posse, 1985: 286-287); incluso, desde el punto de vista de la organización social, en las cabañas independientes de planta circular parece rastrearse la presencia de un tipo familiar extenso (Ruiz Zapatero/Lorrio/Martín, 1986: 82).

A la vista de todos los argumentos descritos, creemos que la arquitectura doméstica de los castros galaicos responde a una clara tradición arquitectónica local derivada directamente de las cabañas de materiales perecederos propias de la economía itinerante practicada durante la Edad del Bronce. Cuando estas comunidades se fijan al territorio y edifican sus primeros poblados estables repetirán básicamente su arquitectura tradicional cambiando progresivamente los materiales perecederos por los muros de mampostería. El proceso parece responder a una dinámica de carácter autóctono sin que necesariamente haya que buscar influencias externas.

En cuanto a la organización interna de los poblados de esta fase, poco se puede decir a causa de la parquedad de evidencias. Además de las propias estructuras defensivas —fosos y murallas— ya mencionadas, vemos los clásicos aterrazamientos para acoger a las cabañas, que se distribuyen muy aisladas unas de otras dejando grandes espacios abiertos entre ellas, en claro contraste con el característico apolonamiento de periodos posteriores.

CULTURA MATERIAL

Las producciones de esta fase responden, mayoritariamente, a las propias de los momentos finales de la Edad del Bronce. La aparición reiterada de objetos propios de aquel período —preferentemente hachas de tope y tubulares— en contextos castreños (Monteagudo, 1977; Ruiz-Gálvez, 1984a: 461-487) y, sobre todo, los datos proporcionados por las recientes excavaciones, no parecen dejar muchas dudas al respecto.

Las cerámicas —manuales y de bastante tosquedad— repiten en su mayoría los clásicos y sencillos modelos en S, si bien aparecen nuevas formas como las fuentes de asas interiores de **Torroso**; las decoraciones, escasas, se limitan a bandas incisas sobre los hombros dibujando temas geométricos simples: ajedrezados, triángulos con rayas o puntos internos, etc., dentro de la línea decorativa del mundo *Baiões* (Kalb, 1978: 112-138; 1979: 581-590; 1980a: 118-120; 1980b: 33-34).

En la metalurgia del bronce se detecta gran actividad, de la que son muestra palpable los restos de lingotes, tortas, crisoles y moldes de **Torroso** (Peña Santos, 1987c; 1988b; e/p a; e/p b) y **O Neixón** (Acuña, 1976: 330); el instrumental de bronce sigue siendo el típico del período anterior: hachas de tope en **O Neixón** (Monteagudo, 1977: n. 2670 A) y **A Peneda** (Monteagudo, 1977: n. 1146, 1171 y 1482); el hacha tubular de doble anilla de **A Peneda** (Coffyn, 1985: 219); la de una anilla¹⁴ y la punta de lanza de

¹³ Agradecemos esta información, todavía inédita, al director de las excavaciones en el yacimiento, A. Álvarez Núñez. No pensamos en un abandono total intermitente del poblado en sí, sino de algunas unidades domésticas.

¹⁴ Agradecemos a A. Álvarez Núñez la cesión de este dato inédito.

Penalba (Alvarez Núñez, 1986); los recipientes remachados de **O Neixón** (Acuña, 1976: 327-330) y **Torroso**; la hoz de tubo abierto de tipo británico de **A Lanzada** (Monteagudo/García Alén/Lois, 1981: 123-124; Coffyn, 1985: 222 y 229), etc. Por su parte, las aleaciones muestran, al menos en el caso de **Torroso** (Peña Santos, 1988b; e/p a; e/p b), un vertiginoso descenso de la proporción de cobre en beneficio, por igual, del estaño y del plomo, lo que parece indicar un recrudescimiento de las dificultades en el abastecimiento de cobre, ya observadas a fines de la Edad del Bronce, sea por su escasez, por su encarecimiento o por cualquier otro motivo, pero sin duda como consecuencia directa de alteraciones en los mecanismos atlánticos de intercambio.

Si la pervivencia de la metalurgia de sello atlántico durante esta fase es un hecho comprobado, no lo es menos que simultáneamente asistimos a la introducción de los primeros objetos de hierro. La presencia del nuevo metal, particularmente abundante en el nivel de finales del VII a. C. de **Torroso**, se conoce también durante los siglos VI-V a. C. en **O Neixón** (Acuña, 1976: 330), **Penalba** (Alvarez Núñez, 1986) y **A Lanzada** (Fariña, 1982: 219). Su introducción, tradicionalmente vinculada a la llegada de los «*indoeuropeos*» (Agrafoxo, 1986: 158; Castro, 1987: 135; López Gómez, 1979: 21; Villares, 1985: 28), hoy parece claro que hay que enmarcarla dentro del conjunto de relaciones de intercambio mantenidas con el mundo orientalizador y fenicio.

En los materiales presentes en esta fase formativa del mundo castreño galaico encontramos señales de contactos con dos focos peninsulares de singular relevancia: los grupos tardíos de Campos de Urnas del Valle del Ebro y, como acabamos de mencionar, el mundo orientalizador meridional. Si el papel jugado por este último parece bastante claro que se basaría en el intercambio de materias primas y bienes de prestigio dentro del tradicional «*comercio*» atlántico, las relaciones con los grupos del Ebro no están nada definidas por el momento al existir un enorme vacío en la Meseta Norte, y se dirigen con preferencia hacia los poblados de la llanada alavesa. Desechado el tema de la arquitectura como ya hemos visto, las típicas decoraciones cerámicas por impresión de muelles, bien documentadas en **Peñas de Oro** (Ruiz Zapatero, 1985: 594; Ugartechea/Llanos/Fariña/Agorreta, 1971: 217-264), **Castillo de Henayo** (Llanos/Apellániz/Agorreta/Fariña, 1975: 87-212) o **La Hoya B** (Llanos, 1983: 110; Sáenz, 1986: 58) y presentes también en la zona catalana en **Bora Tuna**, **Guissona** y **Molá** (Ruiz Zapatero, 1985: 799), tienen en el área gallega un reflejo dudoso en el castro de **Cameixa** (López Cuevillas/Lorenzo, 1986: 13-15) y exacto en el de **Penalba** (Alvarez Núñez, 1986). Los alfileres de cabeza enrollada de **Torroso**, **Alobre** y **A Peneda** (Peña Santos, 1986a; 1987a: 128; 1987c); el alfiler de cabeza vasiforme de **A Peneda**¹⁵ y la aguja de ojo romboidal de **A Peneda**¹⁶ también tienen su correspondencia en la zona del Ebro (Ruiz Zapatero, 1985: 942-947), si bien hay que

señalar la pervivencia que este último modelo manifiesta en el Noroeste, donde lo encontramos en contextos del siglo II a. C. como **Borneiro** (Eiroa, 1972: 67-74) o romanizados como **Santa Tegra** (Carballo, 1989: 58). Con el mundo continental habría que relacionar también el pequeño cuchillo de bronce de **A Peneda** (Coffyn, 1985: 229; Monteagudo, 1981: 88).

Los contactos con el área meridional de la Península, ya palpables durante el Bronce, se manifiestan a través tanto de la presencia de objetos procedentes del mundo orientalizador como por la interpretación que el elemento autóctono hace de piezas y de modelos decorativos peculiares de ese mundo. Dentro de los primeros señalaremos tanto el aribalo de pasta vítrea de **O Neixón** (Acuña, 1976: 327) como la fibula tipo «*navicella*» de **Alobre** (Calo/Sierra, 1983: 76; Fariña/Arias, 1980: 186-187). En el segundo grupo se integrarían el pie enrollado de fibula de doble resorte (?) y el conjunto de colgantes amorcillados de **Torroso**; del castro de **Penalba** proceden los restos de un recipiente de cerámica de modelo indígena¹⁷, pero que presenta una peculiar decoración incisa en el cuello y en el hombro formada por dos fajas paralelas de rombos con rayado interior enmarcadas entre líneas continuas, repitiendo un esquema decorativo que si bien existe dentro del mundo de las cerámicas excisas peninsulares (Molina/Arteaga, 1976: 175-214; Ruiz Zapatero, 1979: 247-287; 1980: 37-58), es exacta réplica de las decoraciones pintadas tipo *Carambolo* (Blázquez, 1975: 298-308; Fernández-Miranda/Ruiz-Gálvez, 1980: 72-73; Mata Carriazo, 1973: 479-552); este esquema se repite también en algunas cerámicas de **O Neixón**¹⁸. Reflejos meridionales pueden rastrearse también en el gusto por las decoraciones geométricas simples en fajas y metopas reticuladas¹⁹ que presentan las cerámicas y la placa de cinturón damasquinada de **Torroso** (Peña Santos, 1987a: 130; 1987c). Finalmente, los primeros objetos de hierro, como la pequeña hoz de enmangue tubular de **Torroso**, el cuchillo afalcado con remaches de bronce de **Penalba**²⁰ y los relativamente abundantes fragmentos de piezas inidentificables de otros yacimientos, son claros testimonios de los contactos meridionales mantenidos en esta fase; concretamente, si para la hoz de **Torroso** carecemos por el momento de paralelos exactos, los cuchillos de hoja afalcada son bastante comunes en los contextos orientalizantes de la Península (Garrido, 1970: 68-69; Garrido/Orta, 1978: 183-184).

Conscientemente hemos dejado para el final de este apartado la referencia a un tipo de arma cuya presencia en el Noroeste la bibliografía establece durante los siglos que nos ocupan: los puñales de antenas «*galaico-portugueses*» (Calo/Sierra, 1983: 83; Coffyn, 1985: 174). El magnífico estudio de Marisa Ruiz-Gálvez (1980: 85-111) deja perfectamente claro el origen de estos objetos, pero el problema principal, al menos por lo que respecta al área galaica, es el de su

¹⁷ Ver nota número 14.

¹⁸ Agradecemos esta información a J. M. Rey García y a A. Alvarez Núñez.

¹⁹ No mencionaremos aquí como referencia las decoraciones cerámicas incisas en bandas metopadas del tipo *Penha* ya que, aunque ciertos autores todavía siguen incluyéndolas en el final de la Edad del Bronce, en la actualidad parece fuera de toda duda que corresponden al Calcolítico.

²⁰ Ver nota número 14.

¹⁵ Inédito. Depositado en el Museo Provincial de Pontevedra con el número 2.365.

¹⁶ *Idem*, número 6.015.

cronología inicial y la enorme pervivencia que parecen mostrar. De esta forma, hoy por hoy carecemos de argumentos arqueológicos para suponer la existencia de estos puñales con anterioridad a mediados del siglo II a. C., fecha en la que se data la empuñadura de bronce descubierta en la última campaña de excavaciones en **Borneiro**²¹. Los restantes puñales hallados en contexto claro van desde los años finales del siglo I a. C. para el castro de **Fozara** (García Alén, 1959-1960: 79-82; Ruiz-Gálvez, 1980: 104) hasta los primeros siglos de nuestra era, ya que de niveles de época romana proceden tanto el molde para empuñaduras de **Elviña** (Luengo, 1954-1955: 97-98) como los ejemplares de **Viladonga** (Arias, 1985: 16; Chamosa, 1977: 43; Ruiz-Gálvez, 1980: 104), **Santa Tegra** (Carballo, 1987a; 100; 1989: 44; Ruiz-Gálvez, 1980: 105), **San Cibrán de Lás** (Pérez Outeiriño, 1985: 251-252; Ruiz-Gálvez, 1980: 105) y **A Lanzada** (Pérez Outeiriño, 1985: 252, nota 22)²², con el agravante de que no parecen ser objetos fuera de uso, sino que en su mayor parte aparecen en buen estado. ¿Estamos ante un caso de pervivencia —por más que ésta sea enorme— o lo que en realidad falla es el punto de partida cronológico? El asunto no carece de importancia, pues el mismo fenómeno tendremos ocasión de observarlo al analizar temas como las fíbulas, la orfebrería, etc. Quiere esto decir que elementos que tradicionalmente han sido utilizados para fechar niveles y yacimientos pierden gran parte de su valor en este sentido y obligan a actuar con suma cautela (Ferreira/Soeiro/Brochado/Baptista, 1982: 79).

ECONOMIA, SOCIEDAD

Parece fuera de toda duda razonable suponer que la agricultura constituye la base económica de la población del momento. Los abundantes molinos planos recuperados en los poblados de esta fase así parecen indicarlo. Pero más significativo a este respecto es el testimonio directo recogido en los castros de **Penalba** y de **Torroso** en forma de grandes cantidades de granos de bellota, trigo y mijo —particularmente abundantes en el primero de estos poblados— que parecen indicar, además de la costumbre de consumir tostados estos productos gracias a la cual se han conservado, la existencia de una agricultura de recolección y producción capaz de generar excedentes. Como apoyo a esta idea general tendríamos los diferentes diagramas polínicos, que ponen de manifiesto tanto la presencia de polen de *ceralia* como una intensa acción deforestadora de carácter antrópico destinada a la apertura de terrenos de labor (Aira/Saa/Taboada, 1989).

Si la agricultura supone la base económica esencial, en asentamientos costeros como el de **A Lanzada** encontramos señales evidentes de aprovechamiento de los recursos marinos, tanto de tipo marisquero como piscícola, pero a los que no parece sensato

otorgar otro papel que el de mero complemento. En concreto, el marisqueo, frecuentemente sobrevalorado, es problemático considerarlo como una parte esencial en la dieta de la población (Bailey, 1978: 37-63; Buchanan, 1988). Caso aparte supone el tema de la incidencia de la ganadería por la dificultad de conservación de sus restos en el terreno galaico; no obstante, en los niveles antiguos del poblado de **A Lanzada**, cuyas peculiares características edafológicas permiten la conservación de buena parte de la materia orgánica, parece detectarse la presencia de ovicápridos, bóvidos y suidos²³, lo que de confirmarse nos indicaría la existencia de una ganadería diversificada al menos en este poblado.

A la agricultura, junto con la ganadería, pesca y marisqueo, habría que añadir todo el apartado relacionado, directa o indirectamente, con la extracción, transformación, transporte y «comercialización» de minerales, desarrollando unos esquemas ya implantados en periodos anteriores. La metalurgia del bronce exigiría tanto la adquisición de mineral de cobre en el área occidental asturiana y —tal vez— en el Sudoeste peninsular, como la explotación de los abundantes yacimientos estanníferos y plumbíferos del territorio galaico, estableciéndose una serie de circuitos de intercambio terrestres y marítimos integrados todos ellos dentro de las tradicionales corrientes «comerciales» atlánticas. Serán posiblemente estos intercambios de materias primas —que podemos atestiguar en el caso de los metales, pero que tal vez incluyesen otros productos no detectables en el registro arqueológico como la sal, los salazones, la cera, la miel, los cueros..., etc.²⁴— los que determinen los contactos con otras áreas culturales y la llegada de modas, técnicas y bienes de prestigio foráneos al territorio galaico.

Algunos de estos bienes de prestigio —el hierro en estos momentos entraría dentro de esta categoría— podrían inducirnos a pensar en una sociedad estratificada con unas élites detentadoras del poder generado por su control sobre las materias de intercambio o sobre las rutas «comerciales». Sin embargo, este esquema, que podemos suponer ya presente en los momentos finales de la Edad del Bronce, por más que sea atractivo, no deja de constituir un modelo teórico que todavía estamos muy lejos de poder ratificar, como el hecho ya visto de suponer la presencia de una organización familiar de tipo extenso tomando como base para ello las escasas dimensiones de la arquitectura doméstica.

4.2. Fase de desarrollo (ss. V-I a. C.)

Arbitrariamente, y como mera hipótesis de trabajo, hemos dado por supuesto que a lo largo del siglo V a.

²³ Referencia personal de tipo visual. Los resultados de las excavaciones permanecen inéditos.

²⁴ Según Estrabón (III, 5, 11), los habitantes de las Kassitérides «... tienen minas de estaño y de plomo y pieles que cambian con los comerciantes por cerámica, sal y objetos de bronce». Esto podría ser válido igualmente para la fase que nos ocupa, aunque con toda probabilidad los productos intercambiados serían más variados (Alvar, 1980: 45). Nuestra natural tendencia a sobrevalorar los restos «visibles» en el registro arqueológico, no debe hacernos olvidar la existencia de bienes esenciales para una comunidad —como la sal— que, sin embargo, no dejan huellas materiales.

²¹ Volvemos a agradecer la información de A. Romero Masiá, directora de los trabajos en este yacimiento.

²² Se menciona como posible puñal de antenas la pieza descubierta recientemente en el castro de **Coto do Mosteiro** (Orero Grandal, 1988a: 157-162; 1988b: 37). En nuestra opinión se trata de un modelo diferente.

C. el nuevo modelo de asentamiento —el *castro*— ha sido ya aceptado por la generalidad de la población galaica. Insistimos en este carácter hipotético, pues para esta fase que hemos dado en llamar «*de desarrollo*», y que concluye con la conquista romana del Noroeste a finales del siglo I a. C., apenas contamos con datos medianamente fiables.

Puede que lo que acabamos de afirmar sorprenda, pues curiosamente, la práctica totalidad de las síntesis publicadas sobre el mundo castreño en Galicia no sólo identifican estos siglos con los de mayor apogeo de la «*Cultura Castreña*», sino que hacen coincidir con ellos todo el repertorio material y espiritual característico de la misma (Acuña, 1977: 235-253; 1980: 31-106; Acuña/Calo, 1978: 97-106; Hidalgo/Costas, 1982: 6-13; Romero Masiá, 1976; 1978: 18-23; 1988: 44-61) y que en la actualidad parece más que comprobado que pertenece mayoritariamente a la fase galaico-romana. El verdadero esplendor del mundo castreño galaico se producirá, por muy paradójico que pueda parecer, durante los primeros tiempos de dominación romana (Esparza, 1987: 356-357; Fernández Ochoa, 1988: 349; Pereira, 1984: 283).

Retomando el tema, nos encontramos con que apenas disponemos de datos objetivos para poder siquiera entrever la situación de las tierras galaicas durante esta fase. En concreto, para los siglos V y IV a. C. tan sólo disponemos de las mínimas referencias publicadas sobre los niveles de **Castromao** (Calo/Sierra, 1983: 34; Casal, 1984: 12) y **A Lanzada** (Fariña, 1982: 218-221); el siglo III a. C. es un vacío absoluto; del II a. C. únicamente podemos utilizar los datos de **Borneiro** (Eiroa, 1968: 159; 1970: 335; 1971: 125-143; 1972: 67-74; 1973b: 57-63; 1975: 309-332; 1980: 71-83; Molinos, 1973: 65-80; Romero Masiá, 1984: 211-231; 1987), y del I a. C. inmediato a la conquista romana tan sólo nos sirven las escasas referencias de **Fozara** (Hidalgo/Costas, 1979: 151-228; Hidalgo/Rodríguez, 1987) y las algo más numerosas de **A Forca** (Carballo, 1987b). De otros poblados como **Troña** sólo es aprovechable el dato de que según el C-14 fue ocupado entre el V a. C. y el I d. C., sin que podamos aislar las características de los niveles prerromanos (Hidalgo, 1984-1985: 307-314; 1985a; 1985b: 95-116; 1987b: 31-39; 1988: 27-60). Parece obvio que una información tan escasa hace un tanto absurdo intentar definir las características del mundo castreño galaico durante esta fase; teniendo esto en cuenta veremos tan sólo lo que se desprende de los datos parciales sin intentar generalizar en ningún caso.

Más arriba partíamos de la hipótesis de suponer que al comienzo de esta segunda fase —aproximadamente hacia el siglo V a. C.— la llamada «*Cultura Castreña*» del Noroeste estaría plenamente implantada y en proceso de desarrollo. Ello nos da pie para entrar, siquiera superficialmente, en el problema derivado de la corrección o no del término «*Cultura*» aplicado a este fenómeno (Höck, 1978: 151; 1980: 68-70) cuando la realidad nos muestra no pocas desigualdades internas —patentes durante la fase de formación y considerables en el período galaico-romano— y el nivel de nuestros conocimientos objetivos no llega al mínimo deseable. Creemos que éste es un tema de

gran interés que habrá de ser tenido muy en cuenta por la futura investigación.

Durante esta segunda fase el mundo castreño galaico va a adoptar definitivamente los modelos arquitectónicos que le serán más peculiares. Si el castro como tal estructura ya quedó definido en la fase anterior, ahora es la arquitectura doméstica la que se ha «*normativizado*», tanto en el campo puramente técnico —muros de mampostería de doble paramento y espesor uniforme con mejor acabado al exterior— como en el formal, generalizándose la cabaña de planta circular. En cuanto a la distribución del espacio habitacional, los escasos datos son ya tardíos, encontrándonos durante el s. II a. C. en **Borneiro** con la intensa ocupación que caracteriza a estos poblados junto con ciertos atisbos de ordenación «*urbanística*» que serán mucho más palpables durante la siguiente centuria en el castro de **A Forca**. De todas formas, volvemos a insistir en que la información disponible para esta fase es tan escasa que hace absurdo intentar llegar más lejos en nuestras conclusiones.

CULTURA MATERIAL

Las cerámicas recogidas en los niveles prerromanos de los yacimientos citados en el apartado anterior muestran una evidente evolución técnica, con el empleo de pastas de mejor calidad, el uso cada vez más sistemático del torno lento, una mejor cocción y acabados por alisado, espatulado y bruñido. La variedad de bruñido exterior que dibuja líneas reticuladas apenas perceptibles, aunque se ha vinculado a esta fase (Hidalgo, 1980: 81-100), por el momento no podemos asegurar con total certeza que exista antes de la romanización (Sánchez-Palencia/Fernández-Posee, 1985: 308). Las formas se diversifican²⁵ y se amplía el repertorio decorativo, apareciendo en un momento impreciso —cuando menos a mediados del II a. C. a tenor de los datos de **Borneiro** (Molinos, 1973: 65-80)—la decoración estampillada (Rodríguez Puentes, 1987: 115-134). Se ha pretendido una filiación directa de esta técnica decorativa tanto con la Meseta como con las islas británicas, si bien el tema es por ahora de muy difícil resolución; de hecho, autores hay que suponen la existencia de esta técnica en el Noroeste desde el siglo VI a. C. (Fariña/Arias/Romero, 1983: 116).

Algunos objetos de tipología foránea parecen indicar el mantenimiento de un cierto grado de relaciones exteriores durante esta fase. Así, de filiación meseteña serían las conteras de bronce descubiertas en **Fozara** (Hidalgo/Costas, 1978: 59-65; 1979: 177) y **Borneiro** (Romero Masiá, 1987: 56). Como era de esperar, siguen estando mejor testimoniadas las relaciones con el Sur. Materiales como las cuentas oculadas de pasta vítrea —que se generalizarán durante los primeros tiempos de la romanización—, las cerámicas púnicas de **A Lanzada** (Fariña, 1982: 219), **A Forca** (Carballo,

²⁵ El tema de la cerámica castreña precisa una urgente puesta al día con los datos estratigráficos proporcionados por las recientes excavaciones que supere los escasos, aunque meritorios, estudios publicados hasta la fecha (Ferreira de Almeida, 1974: 171-197; Rey Castiñeira, 1980: 229-235; 1982: 271-288).

1987b: 11) y de la bahía coruñesa (Naveiro, 1982: 68-69; 1986: 42-43); las peinetas de hueso y los cuchillos de hierro de hoja afalcatada de **A Lanzada** (Fariña, 1982: 219); o las cerámicas griegas de **A Forca** (Carballo, 1987b: 33 y 111), **Alobre** (Fariña/Arias, 1980: 189), **Castromao** (Calo/Sierra, 1983: 34; Ferreira de Almeida, 1984: 36) y **Fozara** (Hidalgo/Costas, 1978: 59-65; 1979: 178), ratifican la continuación en esta fase de las antiguas relaciones.

Tradicionalmente se ha vinculado al mundo castreño prerromano toda la riquísima orfebrería antigua surgida en tierras galaicas. No insistiremos en el aspecto descriptivo, pues ha sido objeto de recientes publicaciones, tanto referencias generales (Acuña/Calo, 1978: 99; Agrafoxo, 1986: 158; Arias, 1984: 21-22; Instituto, 1979: 67; 1983a; López Gómez, 1979: 26-27; Maluquer, 1970: 108-109; Romero Masía, 1988: 44-61; Varios, 1981: 29-32; etc.) como estudios concretos (Castro, 1987: 135-141; López Gómez, 1985: 36-44; Pérez Outeiriño, 1980: 9-24; 1982; 1986: 107-110; 1989: 90-107), todos ellos siguiendo básicamente la teoría del fondo autóctono con influencias hallstáticas y meridionales (Blanco Freijeiro, 1957; 1960: 187-188).

Sin embargo, las cosas no están todo lo claras que era de desear. En principio, dar por supuesta una cronología prerromana para todo este conjunto de materiales es, cuando menos, arriesgado. Una vez más, los datos objetivos nos colocan de lleno ante una realidad que, machaconamente, nos lleva a la fase galaico-romana. Todas las piezas de orfebrería «castreñas» recuperadas en un contexto definido proceden de niveles coincidentes cronológicamente con la romanización del área galaica; tal es el caso de las arracadas de **Baroña** (Calo/Soeiro, 1986: 19-20; García-Lastra, 1982: 318; Pérez Outeiriño, 1982: 93) y **Viladonga** (Chamoso, 1977: 43; Pérez Outeiriño, 1982: 89-93); del tesoro de **Elviña** (Luengo, 1954-1955: 98-101; 1979: 214-246); de las espirales de **Regodeigón** (Lorenzo/García, 1956: 90-96) o de los torques de **Santa Tegra** (Carballo, 1987a: 101; 1989: 30-33; Mergelina, 1944-1945: 37-38), y **Viladonga** (Arias, 1985: 5; Chamoso, 1977: 43), sin olvidar el conocido tesoro **Bedoya** (Filgueira/Blanco, 1954: 161-180; Pérez Outeiriño, 1982: 89-93)... ¿Cómo explicar este fenómeno? Naturalmente, siempre se podrá argumentar que por tratarse de objetos de alto valor económico y de prestigio, pueden pervivir a lo largo de generaciones. Ciertamente ha podido ser así, pero lo verdaderamente incontestable es que, hoy por hoy, no podemos hablar de orfebrería en el mundo castreño prerromano sin salirnos del campo de las hipótesis.

La práctica totalidad de los autores que han abordado el tema de la orfebrería parecen dar por sentado que es el producto de talleres locales que aprovecharían los abundantes recursos auríferos de la región. Tal hipótesis, no demostrada convincentemente, implicaría no sólo la existencia de fases técnicas evolutivas, sino de una demanda interna suficientemente amplia como para permitir la existencia y el desarrollo de los talleres, lo que, en el estado actual de la investigación, no parece muy probable. Por otro lado, se niega implícitamente la posibilidad de que una parte sustancial de esa orfebrería haya podido llegar al Noroeste de igual forma que los materiales púnicos y griegos ya des-

critos, es decir, por vía «comercial», formando parte de intercambios, acaso como bienes de prestigio. Que un objeto precioso tan claramente alóctono como el carnerito alado *supuestamente*²⁶ aparecido en la ría de Ribadeo (Blanco Freijeiro, 1976: 3-7; Maluquer, 1976: 25-36) sea considerado producción galaica (Arias, 1984: 22; López Gómez, 1985: 43) muestra bien a las claras la necesidad de estudiar el complejo tema de la orfebrería con otro criterio.

Algo muy semejante ocurre cuando analizamos la plástica en piedra (Fariña/Calo/Acuña, 1979: 116-125). Las cabezas humanas y de animales, las figuras de guerreros, todos los elementos decorativos de carácter aparentemente doméstico —jambas y dinteles decorados con sogeados, trenzados, etc.—, las controvertidas figuras de esvásticas, trisqueles, rosáceas, molinetes, etc., etc.; es decir, toda la plástica que desde siempre se ha considerado peculiar del mundo castreño galaico, y cuyos comienzos tradicionalmente se han hecho coincidir con esta fase prerromana, tampoco ha aparecido por el momento en niveles anteriores a la romanización (Calo, 1983: 159-185).

Dando por sentado que todo este conjunto de elementos figurativos no puede haber surgido de la nada, se ha sugerido como hipótesis que la causa de que no se documenten en contextos prerromanos estribaría en que su soporte tradicional habría sido la madera —como apuntarían ciertos temas que recuerdan las labores de cestería, o la técnica de talla de alguna escultura— y que sólo en época romana se habrían trasladado a la piedra (Calo, 1983: 167). Sea como fuere, por el momento no podemos desvincularlos de la fase de dominio romano, con todas las implicaciones culturales que ello conlleva. Otro aspecto del mayor interés y que no se ha podido explicar convenientemente es la clara distribución meridional de la mayor parte de los elementos figurativos «castreños» en piedra, que se concentran en su práctica totalidad dentro de los límites de lo que más adelante la división administrativa romana definirá como *Conventus Bracaraugustanus*.

Para finalizar este apartado de cultura material mencionaremos un conjunto de objetos que si en otros contextos se convierten en verdaderos «fósiles directores», en el área galaica vuelven a plantear la conocida problemática de su supuesta larga pervivencia: nos referimos a las fíbulas.

Se ha considerado típicamente castreño un grupo de fíbulas cuyos tipos más representativos serían los definidos a comienzos de siglo por Fortes (1904: 15-33): Sabroso, Santa Luzia, Trasmontano y De largo travesañ sin espiral. Recientes y meritorios trabajos han incidido sobre este tema (Fariña, 1979: 27-49; 1980: 4-6; Ponte, 1980: 113-115) proponiendo una cronología claramente prerromana para cada uno de los cuatro tipos; sin embargo, una vez más, su presencia reiterada en niveles de época romana vuelve a ponernos sobre aviso demostrando su endeble valor

²⁶ Parece ser que la pieza en cuestión fue adquirida en Barcelona en el mercado de antigüedades. Es de sobra conocido que en ese mercado se detectan fácilmente dos polos de procedencia de objetos: curiosamente, las piezas de oro manifiestan una sospechosa tendencia a aparecer en las proximidades de Ribadeo; por su parte, las de piedra lo hacen en **Santa Tegra**...

como elementos de datación precisa y su más que sospechosa larga perduración.

Todo lo dicho hasta aquí es muestra palpable de la escasa información disponible sobre los siglos inmediatos al cambio de era en el área galaica, precisamente en una fase que suponemos de «desarrollo» del mundo castreño. Ya en un momento muy tardío de la misma comienzan a aparecer las primeras producciones procedentes del mundo romano, generalmente ánforas Dressel I y cerámicas campanienses.

ECONOMIA, SOCIEDAD

Si pobres son los datos en lo referente a las producciones materiales de esta fase, mucho menor es nuestra información sobre la economía y sobre la sociedad de la época. Hecha esta apreciación, y ya dentro del campo de las hipótesis más o menos razonables, podemos suponer un desarrollo en la explotación de los recursos del medio. De confirmarse la progresiva implantación del molino rotatorio a lo largo de esta fase (Fariña/Arias/Romero, 1983: 123), podría tomarse como argumento en este sentido. La ganadería está testimoniada por los restos localizados en el poblado de **A Lanzada**. En resumen, un cuadro de actividades que la parquedad de los datos no hace

diferir en esencia de lo ya visto para la fase de formación.

Ya hemos comentado más arriba que bajo ningún concepto podemos seguir manteniendo la idea de una unidad cultural en sentido estricto con anterioridad al proceso romanizador; al menos, nos faltan argumentos concluyentes en tal sentido. Ahora bien, lo que parece más claro es que la realidad étnica que encuentran los romanos al acceder a estas tierras está ya perfectamente definida durante la fase que nos ocupa. El problema radica en que las fuentes literarias de la época nos describen una organización social —y en cierto modo también religiosa— de corte *indoeuropeo* que la bibliografía tradicional explica como resultado de la llegada de aportes étnicos —llámense «celtas» o «indoeuropeos»— a lo largo de los siglos comprendidos en esta fase y que, como hemos visto, la Arqueología no detecta por ningún lado, mostrándonos, por contra, una clara continuidad desde los momentos de la transición Bronce-Hierro. Quiere ello decir que de haberse producido eso que se ha dado en llamar «indoeuropeización» con anterioridad a la conquista romana, el fenómeno habría que remontarlo, cuando menos, a los momentos finales de la Edad del Bronce, y aun así, sin que en ello tengamos forzosamente que ver la llegada de contingentes humanos. En todo caso, el tema en sí es enormemente complejo y todavía estamos muy lejos de poder resolverlo.

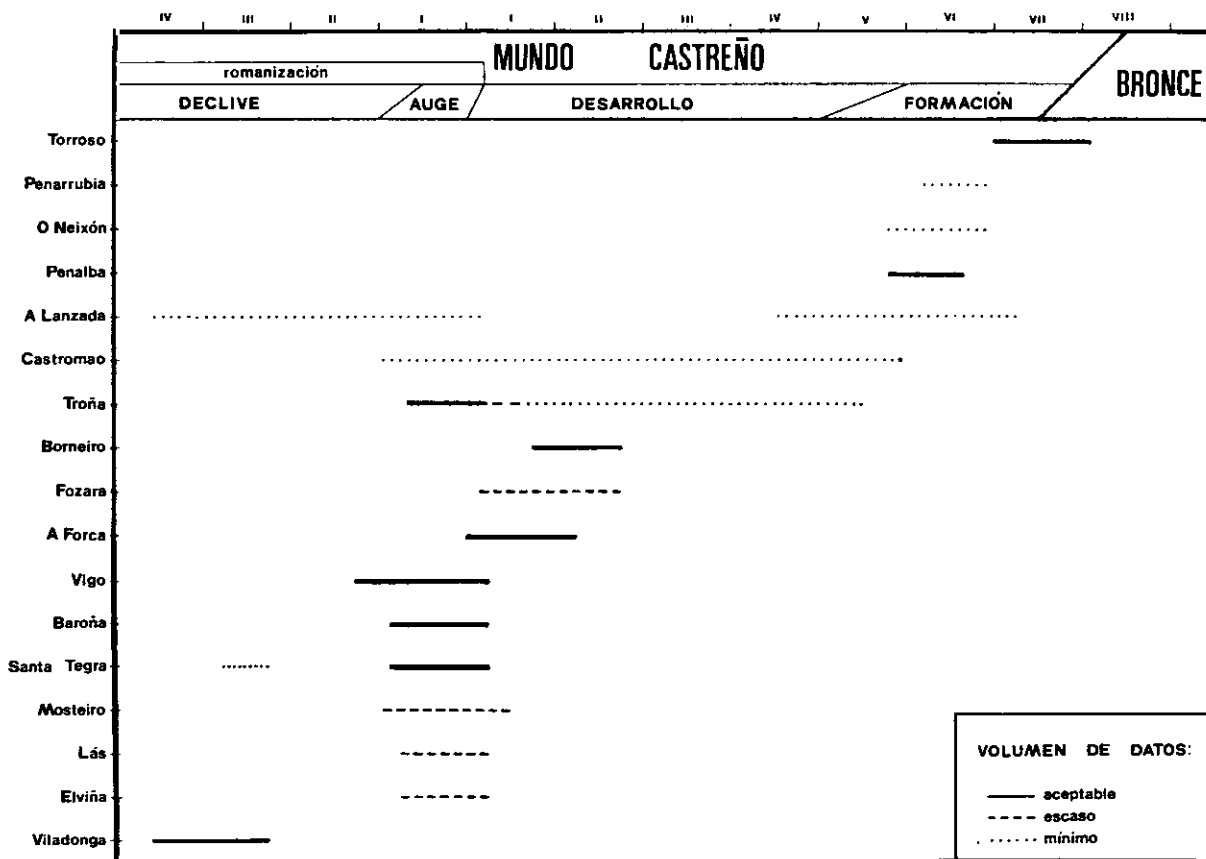


FIG. 2. Esquema evolutivo del fenómeno castreño en Galicia, con indicación del volumen de datos publicado para cada yacimiento y su cronología aproximada.

4.3. Fase de apogeo

La gran transformación del mundo castreño galaico se va a producir en la etapa comprendida entre los años finales del siglo I a. C. —cuando el Noroeste pasa a formar parte del imperio romano— y la segunda mitad del I d. C.; es decir, durante los reinados de Augusto y de la dinastía Julio-Claudia. Es, sin duda, el verdadero esplendor de este fenómeno, y ha hemos mencionado más arriba cómo la mayor parte de los elementos característicos del mismo parecen corresponder cronológicamente a estos primeros tiempos del dominio romano.

La conquista del territorio galaico se completa, *grosso modo*, hacia el año 20 a. C. No es este el momento ni el lugar para describir el proceso, aunque hemos de señalar que más que una conquista violenta —tan del gusto de ciertos historiadores— la impresión más real parece indicar un sometimiento, sin resistencia, favorable a ambas partes (Pereira, 1984: 278), pero que traerá como consecuencia una profunda transformación en la sociedad indígena.

La Arqueología nos muestra durante esta fase señales inequívocas de una reorganización del territorio cuyas causas habrá que buscarlas en la nueva realidad política y no tanto en la dinámica interior de las comunidades galaicas. Unos castros se abandonan —**Fozara, A Forca**, tal vez **Borneiro**—; en otros continúa la ocupación aunque con señales muy claras de desarrollo —**Castromao, Troña**—; y, lo que sin duda es del mayor interés, **aparecen nuevos poblados castreños, generalmente de grandes dimensiones**. Este es el caso de los castros más conocidos y espectaculares, en los que no se perciben señales de una posible ocupación prerromana: **Santa Tegra** (Peña Santos, 1985a: 1985-1986: 157-189; 1986b: 123-128; 1986c: 1988a: 27-36; 1989), **Vigo** (Hidalgo, 1985c; 1985d: 1987a: 119-134), **Baroña** (Calo/Sociro: 1986), **San Cibrán de Lás** (Pérez Outeiriño, 1982-1983: 15-39; 1985: 219-259) y **Elviña** (Luengo, 1954-1955: 90-101), por citar tan sólo los cinco casos más conocidos, pues la lista podría hacerse interminable. Llegados a este punto, la pregunta es obvia: ¿A qué se deben estos movimientos poblacionales que provocan el abandono de unos castros, la ampliación de otros y la formación de no pocos? Carecemos de una respuesta convincente, pero cada vez parece más obvio que en este fenómeno no encontramos el efecto de la propia dinámica de las comunidades galaicas, sino el resultado de una nueva realidad política y económica. La aparición de los nuevos castros puede responder a motivaciones de índole económica al menos en algún caso (Fernández Ochoa, 1988: 350); de hecho, la existencia de castros mineros así parece dar a entender (Luzón/Sánchez-Palencia, 1980). Otros poblados podrían estar directamente relacionados con los circuitos comerciales del momento —caso probable de **Santa Tegra** y tal vez de **Vigo**—, pero en todos los casos lo que se observa es un indudable interés de tipo estratégico por el control de las zonas naturales de paso y de los valles (Fernández Ochoa, 1988: 348). Esta función aparece perfectamente clara en la amplia serie de castros que durante esta fase jalonan la depresión natural que cruza la

provincia de Pontevedra de Norte a Sur y por la que los romanos harán pasar la vía XIX²⁷.

Si la cultura material de esta fase muestra todo el repertorio clásico del mundo castreño, y la masiva introducción de objetos procedentes del mundo romano —ánforas vinarias, cerámicas finas, vidrios, objetos metálicos y un largo etcétera— nos indica la existencia de un fuerte y temprano «comercio» del que conocemos relativamente bien los productos recibidos, pero no los intercambiados (Balil, 1971b: 341-346; 1974: 211-221; Naveiro, 1986: 45), en la propia estructura de los poblados observamos notables diferencias con respecto a la fase anterior.

El caso es que, vistos desde el exterior, apenas se pueden señalar diferencias en los castros galaico-romanos con relación a los prerromanos. Siguen rodeándose de fuertes murallas y profundos fosos —curiosa y significativamente en un momento de paz general, de lo que se deduce que habrá que pensar en razones de prestigio (Fernández Ochoa, 1988: 349)—, pero es al traspasar los recintos y adentrarnos en el espacio habitacional cuando encontramos los cambios más visibles, con una ordenación espacial de las construcciones que indica sin lugar a dudas la existencia de una planificación previa, reflejo de unos conocimientos urbanísticos no por peculiares menos evidentes. Así, el poblado propiamente dicho se suele ordenar «celularmente» mediante la distribución de pequeños grupos «familiares» de viviendas y almacenes con patio comunal enlosado al que se llega sólo por un único y complicado acceso que no podemos denominar calle, sino, como apunta Balil (1971a: 9), «espacio para circular» (Ferreira de Almeida, 1984: 38-39; Peña Santos, 1988a: 27-36; 1989; e/p.c). Estas células o «unidades de ocupación» (Sánchez-Palencia/Fernández-Posse, 1985: 299), se distribuyen a lo largo y ancho del poblado, pero siempre manteniendo una clara independencia entre ellas. La aparición de construcciones de planta cuadrada y la existencia de obras generales de servicios como atarjeas, desagües, etc., son prueba del desarrollo de la arquitectura castreña durante la fase galaico-romana.

En los castros de esta época encontramos evidencias claras de la existencia de no pocas diferencias regionales dentro de la aparente uniformidad del mundo castreño. Estas diferencias serán perfectamente captadas por los romanos y se reflejarán posteriormente en la división administrativa del territorio. La ordenación urbanística de los poblados y el mayor desarrollo de la plástica en piedra —decoración en general, esculturas de *guerreros* y *zoomorfas*, etc.— son sólo los dos factores más visibles de diferenciación entre las tierras meridionales —lo que los romanos denominarán *Conventus Bracaraugustanos*— y las septentrionales —el *Conventus Lucensis*—. Sin lugar a dudas, bajo estas diferencias materiales se esconde una realidad mucho más profunda.

Podríamos extendernos en la descripción de los rasgos materiales de esta fase, pero teniendo en cuenta que corremos el riesgo de eternizarnos, que muchos de ellos ya han sido tratados en capítulos precedentes

²⁷ Prospección sistemática de J. C. Pascual Vázquez, al que agradecemos la cesión del dato (García/Juega/Peña, 1988: 18 nota 17).

y, sobre todo, el tema básico de la Ponencia, finalizaremos resaltando que la población galaica —ya en pleno desarrollo en el momento de la conquista— va a experimentar tras ella una profundísima transformación que traerá como consecuencia la pérdida casi total de sus señas de identidad (Pereira, 1988).

4.4. Fase del declive

A partir de la segunda mitad del siglo I se produce el progresivo abandono de la mayoría de los castros. Las reformas administrativas de los Flavios, la concesión del *Ius Latii*, junto con el cambio gradual en los sistemas de explotación del territorio con la implantación de las *villae*, entre otros factores, supondrán la casi total desaparición de un peculiar fenómeno que se había mantenido vigente durante ochocientos años.

La Romanización alcanzará no sólo a la propia organización social de las comunidades galaicas —de hecho desaparecen las referencias epigráficas sobre la misma— o al sistema económico tradicional, sino que

se refleja también en el aspecto espiritual. Se va implantando el Panteón y el ritual religioso romanos; los indígenas adoran a las divinidades clásicas, les erigen monumentos al estilo romano y se entierran según el ritual romano; usan nombres latinos o latinizados y seguramente hablan ya —o lo intentan— en latín. El cambio se ha producido y apenas queda nada ya de la pasada realidad; ha desaparecido casi por completo una sociedad antigua y en su lugar se están sentando las bases sociológicas de la Galicia actual. Pero cuando en el siglo III la primera gran crisis del Imperio suponga la aparición de una fase de inestabilidad y de peligro, muchos galaico-romanos descendientes próximos de los últimos habitantes de los castros, volverán a ocupar temporalmente los poblados de sus antepasados y otros llegarán mucho más lejos, levantando nuevos castros al estilo de los antiguos, pero con signos diferenciales en su arquitectura doméstica como parece ser el caso de **Viladonga**. A pesar de todo, los tiempos habían cambiado y ya nada sería igual.

Pontevedra, junio de 1989

BIBLIOGRAFIA

- F. Acuña Castroviejo 1976. Excavaciones en el castro de O Neixón. Campaña de 1973. *Noticiario Arqueológico Hispánico - Prehistoria*, 5, pp. 327-330.
- 1977. Panorama de la Cultura Castrexa en el NO de la Península Ibérica. *Bracara Augusta*, 31, pp. 235-253.
- 1980. A Prehistoria e a Edade Antiga, *Historia de Galicia*, vol. 1, pp. 31-106. Ed. Cupsa-Planeta. Barcelona.
- F. Acuña Castroviejo y F. Calo Lourido 1978. Cultura Castrexa, *Gran Enciclopedia Gallega*, 8, pp. 97-106.
- X. Agrafoxo Perez 1986. *Prehistoria e Arqueoloxía da Terra da Barbanza*. Comisión de Cultura do Concello de Noia. Imp. Velograf, S. A. Santiago de Compostela.
- M.^a J. Aira Rodríguez, P. Saa Otero y T. Taboada Castro 1989. *Estudios paleobotánicos y edafológicos en yacimientos arqueológicos de Galicia*. *Arqueoloxía-Investigación*, 4, Xunta de Galicia. Imp. Clave. Coaña.
- M.^a J. Aira Rodríguez y J. M. Vázquez Varela 1985. Nuevos datos palinológicos sobre la agricultura prehistórica en Galicia (España). *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 25, núms. 2-4, pp. 241-252.
- M. Almagro Basch 1954. Un nuevo depósito del Bronce Final en San Esteban del Río Sil. *Memorias de los Museos Arqueológicos*, XV, pp. 21-27.
- 1960. *Inventaria Archaeologica*, España, 5, E2-E5. Madrid.
- J. Alvar 1980. El comercio del estaño atlántico durante el período orientalizante. *Memorias de Historia Antigua*, IV, pp. 43-49.
- A. Alvarez Núñez 1986. *Castro de Penalba. Campaña 1983*. *Arqueoloxía-Memorias*, 4, Xunta de Galicia, Imp. Velograf, S. A., Compostela.
- E. Anati 1968. *Arte rupestre nelle regioni occidentali della Penisola Iberica*. *Archivi di Arte Preistorica*, 2. Centro Camuno di Studi Preistorici, Capo di Ponte.
- F. Arias Vilas 1976. Tres nuevas piezas de la colección A. Gil Varela en el Museo Provincial. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo*, IX, pp. 250-253.
- 1977-1978. Novedades arqueológicas do Museo de Lugo. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo*, X, pp. 65-73.
- 1979. El castro de Penarrubia (Lugo) y la novedad de su datación por C-14. *XV Congreso Nacional de Arqueología-Lugo 1977*. Zaragoza, pp. 613-622.
- 1984. La Cultura Castrexa en Galicia. *Memorias de Historia Antigua*, VI, pp. 15-33.
- 1985. *Castro de Viladonga. Campaña 1983*. *Arqueoloxía-Memorias*, 2, Xunta de Galicia, Imp. Velograf, S. A., Compostela.
- M.^a E. Aubet Semmler 1983. Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a. C.. *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, P. Bartolini (Ed.), pp. 815-824. Roma.
- G. N. Bailey 1978. Shell-middens as indicators of post-glacial economies: A territorial perspective. En P. Mellars (Ed.): *The early postglacial settlements of Northern Europe*. Duckworth, London.
- A. Balil Illana 1971a. Casa y urbanismo en la Hispania Antigua. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII, pp. 7-84.

- 1971b. Galicia y el comercio atlántico en época romana. *Actas do II Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 341-346. Coimbra.
- 1974. De nuevo sobre Galicia y sus relaciones marítimas durante la época imperial romana. *Actas do III Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 211-221. Porto.
- A. Blanco Freijeiro 1957. Origen y relaciones de la orfebrería castreña. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XII, pp. 5-28, 137-157 y 267-301.
- 1960. La Cultura Castreña. *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica-1959*. Pamplona, pp. 179-194.
- 1976. El carnero alado de Ribadeo. *Bellas Artes* 76, 53, pp. 3-7.
- J. M.^a Blázquez 1975. *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. *Acta Salmanticensis*, 85. Gráficas Europa. Salamanca.
- C. G. Borgna 1980. *L'arte rupestre preistorica nell'Europa Occidentale*. *Tipografía Stilgraf*, Pinerolo.
- A. Bouhier 1979. *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*. 2 vols. Imp. Yonnaise. La Roche-sur-Yon.
- F. Bouza-Brey 1936. Vaso tumular de Gendive. *Boletín de la Real Academia Gallega*, XXXI, n.º 261, pp. 236-241.
- 1957. O castro de Alobre e os contactos entre a Bretaña e a Galiza na época romana. *Homaxe a Florentino L. A. Cuevillas*. Ed. Galaxia, Vigo, pp. 73-110.
- W. F. Buchanan 1988. *Shellfish in Prehistoric diet*. *British Archaeological Reports-International Series*, 455. Oxford.
- F. Calo Lourido 1983. *Arte, decoración, simbolismo e outros elementos da cultura material castrexa. Ensaio de síntese*. En G. Pereira (Ed.): *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Imp. Universitaria, Compostela, pp. 159-185.
- F. Calo Lourido y J. C. Sierra Rodríguez 1982. Leiro. *Gran Enciclopedia Gallega*, 19, pp. 18-19.
- 1983. As orixenes do castrexo no Bronce Final. En G. Pereira (Ed.): *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Imp. Universitaria, Compostela, pp. 19-85.
- F. Calo Lourido y T. Soeiro 1986. *Castro de Baroña. Campañas 1980-1984*. *Arqueoloxía-Memorias*, 6. Xunta de Galicia, Imp. López Torre, Pontedeume.
- J. Cano Pan 1987. El yacimiento de Portecelo (O Rosal, Pontevedra). *Pontevedra Arqueológica*, III, pp. 35-46 (en prensa).
- 1988. La industria lítica tallada en la Cultura Castreña de Galicia. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua-Compostela 1986*. Universidad Compostelana, col. «Cursos y Congresos», 52, vol. 1, pp. 245-258, Compostela.
- L. X. Carballo Arceo 1986. *Povoamento castrexo e romano da Terra de Trasdeza*. *Arqueoloxía-Investigación*, 2, Xunta de Galicia. Imp. Venus, S. A. Coruña.
- 1987 a. Avance ao estudo dos materiais arqueolóxicos do castro de Santa Trega. *Lucerna-Segunda Série*, II, pp. 95-117.
- 1987 b. *Castro da Forca. Campaña 1984*. *Arqueoloxía-Memorias*, 8. Xunta de Galicia. Imp. Clave, Coruña.
- 1989. *Catálogo dos materiais arqueolóxicos do Museo do Castro de Santa Trega: Idade do Ferro*. Diputación Provincial de Pontevedra, Poio.
- J. Carro Otero 1968. Esqueleto prehistórico del castro de Meirás. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXIII, n.º 69, pp. 115-119.
- 1975. Antropología. *Gran Enciclopedia Gallega*, 2, pp. 124-129.
- R. Casal García 1984. Resumen breve de la investigación arqueológica en Galicia, hoy. *La Prehistoria y Arqueología en la actualidad*. *Publicaciones del Museo Municipal Quiñones de León (Castrelos, Vigo)*, 7, pp. 5-15.
- A. del Castillo 1927. Hachas de bronce de talón (hallazgo de un depósito). *Boletín de la Real Academia Gallega*, XII, pp. 33-42, 75-84, 95-104, 124-134 y 155-164.
- L. Castro Pérez 1987. Antiguos colieres gallegos. *Castrelos*, 0, pp. 135-141.
- C. A. Coelho Ferreira da Silva 1983-1984. A Cultura Castreja do Noroeste de Portugal: Habitat e cronologías. *Portugalia-Nova Série*, IV-V, pp. 121-129.
- A. Coffyn 1985. *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. *Publications du Centre Pierre Paris*, 11. Diffusion De Brocard, Paris.
- M. Chamoso Lamas 1977. Las excavaciones del castro de Viladonga y la problemática que plantean sus resultados. *Actas del Congreso Internacional sobre el Bimilenario de Lugo-1976*. Lugo, pp. 41-46.
- F. Díaz-Fierros Viqueira, M. L. Torras Troncoso y J. M. Vázquez Varela 1979. La evolución de la flora gallega durante el Holoceno. *El Museo de Pontevedra*, XXIII, pp. 55-60.
- M. Dupre Ollivier 1988. *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles*. *Referencias. Trabajos Varios*, 84. Diputación Provincial de Valencia. Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia.
- J. J. Eiroa 1968. Notas sobre el castro de Borneiro (La Coruña). *Caesaraugusta*, 31-32, pp. 159-170.
- 1970. Un corte estratigráfico en el castro de Borneiro. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 335-338.
- 1971. Excavaciones arqueológicas en el castro de Borneiro (La Coruña). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XV, pp. 125-143.
- 1972. Un hallazgo centroeuropeo en el Noroeste de la Península Ibérica. *Estudios*, 1, pp. 67-74.
- 1973 a. Análisis metálicos sobre útiles de bronce gallegos. *Estudios*, 11, pp. 49-55.
- 1973 b. Una fecha radiocarbónica para el Noroeste peninsular (Hacia una cronología de la Prehistoria gallega). *Estudios*, 11, pp. 57-63.
- 1975. Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el castro de Borneiro (La Coruña). *Noticiario Arqueológico Hispánico-Prehistoria*, 3, pp. 309-332.

- 1980. Notas sobre la cronología de los castros del Noroeste de la Península Ibérica. *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, I, pp. 71-83.
- A. Esparza Arroyo 1983. Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña. *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste-Santiago 1980*. Ministerio de Cultura. Madrid, pp. 103-119.
- 1983. Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur. *Lancia*, I, pp. 83-101.
- 1983-1984. Los castros de Zamora occidental y Trás-os-Montes oriental: Hábitat y cronología. *Portugalia*, IV-V, pp. 131-146.
- 1987. *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos de la Diputación de Zamora. Imp. Raúl. Zamora.
- R. Fábregas Valcarce y F. de la Fuente Andrés 1988. Aproximaciones a la cultura material del megalitismo gallego: La industria lítica pulimentada y el material cerámico. *Arqueohistórica*, 2. Departamento de Historia I, Santiago de Compostela.
- F. Fariña Busto 1979. As fibulas de «longo travessão sem espira» nos castros de NW. peninsular. *Boletín Auriense*, IX, pp. 27-49.
- 1982. A Lanzada. *Gran Enciclopedia Gallega*, 18, pp. 218-221.
- F. Fariña Busto y F. Arias Vilas 1980. Aportazón ao estudo das fibulas atopadas nos castros galegos. *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, II, pp. 183-195.
- F. Fariña Busto, F. Arias Vilas y A. M.^a Romero Masiá 1983. Panorámica general sobre la Cultura Castrexa. En G. Pereira (Ed.): *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Compostela.
- F. Fariña Busto, F. Calo Lourido y P. Acuña Fernández 1979. Escultura Castrexa. *Gran Enciclopedia Gallega*, X, pp. 116-125.
- M. Fernández-Miranda y M. Ruiz-Gálvez Priego 1980. El depósito de la Ria de Huelva y su contexto cultural. *Oskitania*, I, pp. 65-80.
- M.^a D. Fernández-Posse y J. Sánchez-Palencia 1988. La Corona y el Castro de Corporales II. Campaña 1983 y prospecciones en La Valderia y La Cabrera (León). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 153, Madrid.
- J. Fernández Manzano 1984. Armas y útiles del Bronce Final en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, I, pp. 5-25.
- 1986. *Bronce Final en la Meseta Norte española: El utillaje metálico*. Junta de Castilla y León, col. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León-Monografías. Almazán.
- C. Fernández Ochoa 1988. El impacto romano sobre el hábitat del Noroeste. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua-Compostela 1986*, II. Universidad Compostelana. Col. Cursos y Congresos, 52, pp. 345-362.
- C. A. Ferreira de Almeida 1974. Cerâmica castreja. *Revista de Guimarães*, LXXXIV, pp. 171-197.
- 1983. Cultura castreja. Evolução e problemática. *Arqueologia*, 8, pp. 70-74.
- 1984. A casa castreja. *Memorias de Historia Antigua*, VI, pp. 35-42.
- 1986. Arte castreja. A sua lição para os fenómenos de assimilação e resistência á romanidade. *Arqueologia*, 13, pp. 161-172.
- C. A. Ferreira de Almeida, T. Sociro, C. A. Brochado de Almeida y P. A. Baptista 1982. Duas datações de C-14 para o Castro de Santo Estevão de Facha. *Arqueologia*, 6, p. 79.
- J. Filgueira Valverde y A. Blanco Freijeiro 1954. Nuevas joyas prehistóricas gallegas: El Tesoro Bedoya. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, IX, n.º 28, pp. 161-180.
- J. Fortes 1904. As fibulas do Noroeste da Península. *Portugalia*, II, n.º 1, pp. 15-33.
- A. García Alén 1959-1960. La espada de antenas de Fozara (Puentearreas). *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, XX, pp. 79-82.
- A. García Bellido 1966. O problema dos enterramentos na Cultura Castreja. *Revista de Guimarães*, LXXXVI, pp. 5-24.
- 1967. Sobre la extensión actual de la casa redonda en la Península Ibérica. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXIII, n.º 1-2, pp. 41-54.
- 1971. Orígenes de la casa redonda de la Cultura Castreña del NO de la Península. *Revista de Guimarães*, LXXXI, n.º 1-2, pp. 25-36.
- C. García Braña, J. Juega Puig y A. de la Peña Santos 1988. *Pontevedra. Planteamiento histórico y urbanístico*. Excm. Diputación Provincial de Pontevedra. Artes Gráficas Galicia, S. A. Vigo.
- B. García Fernández-Albalat 1985. Las divinidades indígenas de la Hispania prerromana. En pos de una metodología. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 25, n.º 2-4, pp. 275-283.
- M. C. García Martínez 1988. Prehistoria. *Enciclopedia Temática de Galicia-Historia*. Ed. Nauta. Barcelona, pp. 13-44.
- M. García-Lastra Merino 1982. La arracada de Cances. *El Museo de Pontevedra*, XXXVI, pp. 309-322.
- J. P. Garrido Roiz 1970. Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva (1.^a y 2.^a Campañas). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 71, Madrid.
- J. P. Garrido Roiz y E. M.^a Orta García 1978. Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva, II (3.^a, 4.^a y 5.^a Campañas). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 96, Madrid.
- P. Gasull 1986. Problemática en torno a la ubicación de los asentamientos fenicios en el Sur de la Península. *Aula Orientalis*, IV, n.º 1-2, pp. 193-201.
- W. Giese 1951. Los tipos de casa de la Península Ibérica. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, VII, n.º 4, pp. 563-601.
- R. Gimeno García-Lomas 1985. El castillo de Soutomaioir: Informe arqueológico. *El Museo de Pontevedra*, XXXIX, pp. 143-158.
- E. González López 1980. Historia de Galicia. *La Voz de Galicia*, S. A., col. *Biblioteca Gallega (Serie Nova)*. Coruña.

- F. Guitián Rivera y J. M. Vázquez Varela 1975. Contribución al estudio de la metalurgia del bronce en la Cultura Castreña. *Gallaecia*, 1, pp. 109-118.
- 1976. Sobre la tecnología de la cerámica castreña (Cerámica de las Islas Cíes, Pontevedra). *Gallaecia*, 2, pp. 275-280.
- 1981. Sobre la tecnología de la cerámica castreña: Determinación de la temperatura de cocción. *Arqueología*, 4.
- C. F. C. Hawkes 1984. The Castro Culture of the peninsular North- West: Fact and inference. En T.F.C. Blagg, R.F.J. Jones y S.J. Keay (Eds.): *Papers in Iberian Archaeology, British Archaeological Reports-International Series*, 193(1), pp. 187-203. Oxford.
- J. M. Hidalgo Cuñarro 1980. La cerámica con decoración bruñida en el Noroeste peninsular. *Gallaecia*, 6, pp. 81-100.
- 1984-1985. Breve resumen de las excavaciones arqueológicas en el castro de Troña (1981, 1982 y 1983). *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 307-314.
- 1985 a. *Castro de Troña, Campaña 1983, Arqueología-Memorias*, 3. Xunta de Galicia. Imp. Velograf, S. A., Compostela.
- 1985 b. El castro de Toña: Noticia preliminar de las excavaciones arqueológicas de 1982. *El Museo de Pontevedra*, XXXIX, pp. 95-116.
- 1985 c. *Castro de Vigo, Campaña 1983, Arqueología-Memorias*, 1. Xunta de Galicia, Imp. Velograf, S. A., Compostela.
- 1985 d. El castro de Vigo y el comercio atlántico romano en el Noroeste peninsular. *Revista de Guimarães*, XCIV.
- 1987 a. El castro de Vigo y sus niveles de ocupación. *Lucerna-Segunda Série*, II, pp. 119-134.
- 1987 b. Una fecha de C-14 del castro de Troña (Pontearreas, Pontevedra). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXVII, n.º 102, pp. 31-39.
- 1988. El castro de Troña: Noticia preliminar de las excavaciones arqueológicas de 1981. *Gallaecia*, 9-10, pp. 27-60.
- J. M. Hidalgo Cuñarro y F. J. Costas Goberna 1978. Importantes hallazgos en el castro «A Cidade» de Caneiro (Fozara, Pontearreas). *El Museo de Pontevedra*, XXXII, pp. 59-65.
- 1979. El castro «A Cidade» de Caneiro, Fozara (Pontearreas). *El Museo de Pontevedra*, XXXIII, pp. 151-228.
- 1982. Cultura Castreña: El Noroeste peninsular en la Edad del Hierro. *Revista de Arqueología*, 14, pp. 6-13.
- 1983. Asentamientos castreños en los valles Fragoso y Miñor (Pontevedra). *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste-Santiago 1980*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 121-165.
- J. M. Hidalgo Cuñarro y E. Rodríguez Puentes 1987. *Castro de Fozara, Campaña 1984, Arqueología-Memorias*, 9. Xunta de Galicia. Imp. Clave. Coruña.
- M. Höck 1978. Grabung auf dem Cabeço de Sao Juzenda (Mirandela). Ein Beitrag zur Chronologie der Castros in Nordportugal. *Madrider Mitteilungen*, 19, pp. 139-151.
- 1980. Corte estratigráfico no Castro de S. Juzenda (Concelho de Mirandela). *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, II. Guimarães, pp. 55-70.
- Instituto de Estudios Galegos «P. Sarmiento». Sección de Arqueoloxía e Prehistoria 1979. Cultura Castrexa. *Prehistoria e Arqueoloxía de Galicia. Estado da cuestión*, pp. 65-72.
- 1983 a. A Cultura Castrexa. *Galicia en Imáxenes, Arqueoloxía*. Ed. Escola Aberta.
- 1983 b. A Prehistoria: Cobre e Bronce. *Galicia en Imáxenes, Arqueoloxía*. Ed. Escola Aberta.
- M.ª V. Jato Rodríguez y J. M. Vázquez Varela 1972. Correlación entre los datos palinológicos y hallazgos prehistóricos en Galicia. *Compostellanum*, XVI, pp. 7-15.
- Ph. Kalb 1978. Senhora da Guia, Baiões. Die Ausgrabung 1977 auf einer Höhensiedlung der Atlantischen Bronzezeit in Portugal. *Madrider Mitteilungen*, 19, pp. 112-138.
- 1979. Contribución para el estudio del Bronce Atlántico. Excavaciones en el castro Senhora da Guia de Baiões. *XV Congreso Nacional de Arqueología-Lugo 1977*, Zaragoza, pp. 581-590.
- 1980 a. O Bronze Atlântico em Portugal. *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste-Guimarães 1979*, I. Guimarães, pp. 113-120.
- 1980 b. Zur Atlantischen Bronzezeit in Portugal. *Germania*, 58 pp. 25-59.
- F. López Cuevillas 1947. Los vasos semiovoides y la cronología de los vasos de ancho borde horizontal. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, XVI, n.º 1, pp. 1-12.
- 1951. *Las joyas castreñas*. Instituto de Arqueología y Prehistoria «Rodrigo Caro». Madrid.
- 1952. Carballino (Orense). Castro de Cameixa (Campañas de 1944 y 1945). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, pp. 75-91.
- F. López Cuevillas y M. Chamoso Lamas 1958. Una necrópolis de sepulturas planas. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XIII, n.º 41, pp. 273-283.
- F. López Cuevillas y X. Lorenzo Fernández 1930. Vila de Calvos de Randín. Notas etnográficas e folklóricas. *Seminario de Estudos Galegos*. Compostela.
- 1946. Las habitaciones de los castros. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, II, pp. 7-74.
- 1948. Notas arqueolóxicas do Castro de Cameixa. *Revista de Guimarães*, LVIII, pp. 288-305.
- 1986. *Castro de Cameixa, Campañas 1944-46, Arqueoloxía-Memorias*. Xunta de Galicia. Imp. Velograf, Compostela (original de 1957-1958).
- F. S. López Gómez 1979. A Prehistoria e a Edade Antiga. *Historia de Galicia*. Ed. Frente Cultural da A.N.-P.G. Pontedeume, pp. 1-56.
- 1985. Mitología y arqueología del oro gallego. *Revista de Arqueología*, 51, pp. 36-44.

- J. Lorenzo Fernández y M. R. García Álvarez 1956. As xoias de Regodeigón. *Revista de Guimarães*, LXVI, n.º 1-2, pp. 90-96.
- J. M.ª Luengo Martínez 1950. *Excavaciones arqueológicas en el castro y su necrópolis de Meirás (La Coruña)*. *Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas*, 23, Madrid.
- 1954-1955. Noticia sobre las excavaciones en el castro de Elviña (La Coruña). *Noticario Arqueológico Hispánico*, III-IV, pp. 90-101.
- 1979. El tesoro de Elviña y tres torques coruñeses. *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 214-246.
- J. M.ª Luzón Nogué y F. J. Sánchez-Palencia Ramos 1980. *El Caurel*. *Excavaciones Arqueológicas en España* 110, Madrid.
- A. Llanos Ortiz de Landaluce 1974. Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6, pp. 101-146.
- 1983. *El poblado de La Hoya*. *Indoeuropeos y Celtiberos*. Museo de Arqueología de Alava. Heraclio Fournier, S. A., Vitoria, pp. 109-124.
- A. Llanos, J. A. Apellániz, J. A. Agorreta y J. Fariña 1975. El castro del Castillo de Henayo (Alegria, Alava). Memoria de excavaciones. Campañas de 1969-1970. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 8, pp. 87-212.
- E. Mac White 1951. *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península hispánica en la Edad del Bronce*. Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid.
- J. Maluquer de Motes 1970. Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica. *Pyrenae*, 6, pp. 79-109.
- 1975. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña. *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas*, I. Universidad Compostelana. Vigo, pp. 269-284.
- 1976. La riqueza occidental y el carnero alado de oro, de la ría de Ribadeo, conservado en el Museo de Lugo. *Memoria 1976*. Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, pp. 25-36.
- 1977. El mundo indígena del Noroeste hispánico antes de la llegada romana. *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo-1976*, Lugo, pp. 7-15.
- R. Margalef 1956. Oscilaciones del clima postglaciar del Noroeste de España, registradas en los sedimentos de la ría de Vigo. *Zephyrus*, VII, pp. 5-9.
- J. de Mata Carriazo 1973. *Tartessos y El Carambolo*. *Investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía*. Dirección General de Bellas Artes. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- G. Meijide Cameselle y F. Acuña Castroviejo 1985. Nuevas armas del Bronce Final halladas en Galicia. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LI, pp. 174-187.
- C. de Mergelina 1944-1945. La citania de Santa Tecla. La Guardia (Pontevedra). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII-XXXIX, pp. 13-54.
- F. Molina y O. Arteaga 1976. Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, pp. 175-214.
- M.ª I. Molinos 1973. Los temas decorativos de la cerámica del castro de Borneiro (La Coruña). *Estudios*, II, pp. 65-80.
- L. Monteagudo 1957. *Galicia legendaria y arqueológica*. Centro de Estudios de Etnología Peninsular. CSIC, Madrid.
- 1965. Hachas prehistóricas de Europa Occidental (Notas de un viaje). *Continbriga*, IV, pp. 13-35.
- 1973. Hachas de tope de Mougás (Pontevedra). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 28, pp. 128-142.
- 1977. *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. *Prähistorische Bronzefunde*, IX, n.º 6, München.
- 1981. Petroglifo de Lagea das Rodas (Louro, SW. prov. Coruña). *Primera reunión Gallega de Estudios Clásicos*. Universidad Compostelana. Artes Gráficas Europa. S. A., Salamanca, pp. 46-100.
- 1983. ¿Koiné el Bronce Atlántico?. *Actas del I Coloquio Galaico-Minhoto*, II, Barbosa & Xavier, Ltd. Braga, pp. 365-394.
- L. Monteagudo, A. García Alén y J. Lois Meijomil 1981. El hacha de Salto (Rodeiro) y las primeras hachas de tope de dos asas en Europa. *El Museo de Pontevedra*, XXXV, pp. 117-162.
- J. Naveiro López 1982. As ánforas romanas de A Coruña, II. *Brigantium*, 3, pp. 63-74.
- 1986. El comercio marítimo en el NO durante época romana, a través de las ánforas. *Revista de Arqueología*, 57, pp. 40-45.
- H. Obermaier 1923. Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, VII, n.º 148-149, pp. 1-21 y 25-47.
- S. Oliveira Jorge 1988. *O povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*. *Monografías Arqueológicas*, 2. Porto.
- L. Orero Grandal 1988 a. O castro «Coto do Mosteiro» (O Carballiño, Ourense). *Arqueología*, 18, pp. 157-162.
- 1988 b. *Castro «Coto do Mosteiro»*. *Campañas 1984-85*. *Arqueoloxía-Memorias*, 10. Xunta de Galicia, Imp. Clave, Coruña.
- P. Palol de 1974. Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y el Primer Hierro. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6, pp. 91-100.
- A. de la Peña Santos 1985 a. *Memoria de las campañas 1984-1985 de excavaciones arqueológicas en el poblado galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra)*. Ejemplares mecanografiados en la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.
- 1985 b. Neue bronzzeitliche Funde im Museo Provincial von Pontevedra. *Madrider Mitteilungen*, 26, pp. 22-28.
- 1985 c. Nuevas armas de la Edad del Bronce dragadas en el río Ulla (Pontevedra). *Actas del II Coloquio Galaico-Miñoto*, II, Betanzos, pp. 313-318.

- 1985-1986. Tres años de excavaciones arqueológicas en el yacimiento galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra): 1983-1985. *Pontevedra Arqueológica*, II, pp. 157-189.
- 1986 a. *Memoria de las campañas 1984-1985 de excavaciones arqueológicas en el Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)*. Ejemplares mecanografiados en la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.
- 1986 b. Santa Tecla. *Historia* 16, 125, pp. 123-128.
- 1986 c. *Yacimiento galaico-romano de Santa Tegra. Campaña 1983. Arqueoloxía-Memorias*. 5, Xunta de Galicia. Imp. López Torre. Pontedeume.
- 1987 a. El Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Resumen de tres años de excavaciones. *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 27, pp. 113-136.
- 1987 b. *Memoria de la campaña 1986 de excavaciones arqueológicas en el Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)*. Ejemplares mecanografiados en la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.
- 1987 c. Excavaciones en el Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). *Pontevedra Arqueológica*, III (en prensa).
- 1988 a. Algunos aspectos urbanísticos del poblado galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra). *Pontevedra. Revista de Estudos Provinciais*, 4, pp. 27-36.
- 1988 b. *Memoria de las campañas 1987-1988 de excavaciones arqueológicas en el Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)*. Ejemplares mecanografiados en la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.
- 1989. *Memoria de las campañas 1986-1988 de excavaciones arqueológicas en el poblado galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra)*. Ejemplares mecanografiados en la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.
- (e/p a). Los hallazgos metálicos del castro de Torroso (Pontevedra). *Actas do Colóquio de Arqueología do Noroeste Peninsular-Porto 1988*.
- (e/p b). Metalurgia galaica de la transición Bronce-Hierro: El Castro de Torroso. *Revista de la Universidad Nacional de Educación a Distancia-Homenaje al Prof. Ripoll Perelló*.
- (e/p c). Notas urbanísticas del poblado galaico-romano de Santa Tegra. *Actas do I Colóquio Arqueológico-Viseu 1988*.
- G. Pereira Menaut 1984. La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania: El caso de Gallaecia como paradigma. *Veleia*, I, pp. 271-287.
- 1986. Cambios estructurales versus romanización convencional. La transformación del paisaje político en el Norte de Hispania. *Estudios sobre la Tabula Siarensis. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 9, Madrid, pp. 251 ss.
- B. Pérez Outeiriño 1980. Os ornitomoríos no conxunto dos motivos decorativos de orfebrería castrexa. *Boletín Auriense*, X, pp. 9-24.
- 1982. *De ouriversaria castrexa: I, arracudas*. *Boletín Auriense. Anexo I*. Ourense.
- 1985. Informe sobre las excavaciones arqueológicas de «A Cidade» de San Cibrán de Lás (San Amaro-Punxín, Orense). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22, pp. 211-259.
- 1986. Torques. *Gran Enciclopedia Gallega*, 29, pp. 107-110.
- 1987. A Cidade de San Cibrán de Lás, Obxetivos e resultados das últimas intervencións arqueolóxicas (1982-1983). *Lucerna-Nova Série*, II, pp. 15-39.
- 1989. Orfebrería castreña. El oro en la España Prerromana. Zugarto Ediciones, S. A., *Suplemento de Revista de Arqueología*, pp. 90-107. Madrid.
- M.^a do S. da Ponte 1980. A génese das fibulas do Noroeste Peninsular. *Actas do Seminário de Arqueología do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, II, pp. 111-119, Guimarães.
- M.^a L. Rego Alvarez y J. A. Pombo Mosquera 1976. Notas sobre la tipología de los emplazamientos castreños en la comarca de Villalba. *Gallaecia*, 2, pp. 165-172.
- X. Rey Castiñeira 1980. Notas sobre algunhas pezas singulares da cerámica castrexa. *Gallaecia*, 6, pp. 229-235.
- 1982. Avances sobre a tipoloxía da cerámica castrexa: as xerras. *El Museo de Pontevedra*, XXXVI, pp. 271-288.
- A. Rodríguez Colmenero y G. Delibes de Castro 1973. Hallazgos prehistóricos de la provincia de Orense. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXVIII, n.º 84, pp. 52-61.
- X. Rodríguez González y F. Fariña Busto 1986. A Cidá do Castro de San Millán. Memorias de las excavaciones arqueológicas. *Boletín Auriense*, XVI, pp. 39-89.
- E. Rodríguez Puentes 1987. La cerámica estampillada del castro de Vigo. *Castrelos*, 0, pp. 115-134.
- F. Romero Carnicero 1984. Novedades arquitectónicas de la Cultura Castreña Soriana: La casa circular del Castro de Zarranzano. *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial. Soria, pp. 187-210.
- 1985. La Primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación masiva del medio. *Historia de Castilla y León, I: La Prehistoria del Valle del Duero*. Ambito Ediciones, S. A. Valladolid, pp. 82-103.
- A. Romero Masiá, 1976. El hábitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del NO peninsular. *Colexio de Arquitectos de Galicia*. Compostela.
- 1978. Os castros. *Gran Enciclopedia Gallega*, 6, pp. 18-23.
- 1984. Avance a la Memoria de las excavaciones del Castro de Borneiro (Cabana, Coruña) de 1981. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, pp. 211-231.
- 1984-1985. Os castros: Recoñecemento e catalogación. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXV, pp. 31-61.

- 1987. *Castro de Borneiro. Campañas 1983-84. Arqueología-Memorias*, 7, Xunta de Galicia. Imp. López Torre. Pontevedra.
- 1988. La Cultura Castrexa. *Enciclopedia Temática de Galicia-Historia*. Ed. Nauta. Barcelona, pp. 44-61.
- M. Ruiz-Gálvez Priego 1979. El depósito de Hío (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada atlántica peninsular. *El Museo de Pontevedra*, XXXIII, pp. 129-150.
- 1980. Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos. *Actas do Seminario de Arqueología do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, I, pp. 85-111. Guimarães.
- 1982. Nueva espada dragada en el río Ulla: Armas arrojadas a las aguas. *El Museo de Pontevedra*, XXXVI, pp. 179-196.
- 1984 a. *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Universidad Complutense, col. *Tesis Doctorales*, 139/84, 2 vols. Madrid.
- 1984 b. Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 41, pp. 323-342.
- 1986. Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce. *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp. 9-42.
- 1987. Bronce Atlántico y «cultura» del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 44, pp. 251-264.
- 1989. La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación. El oro en la España Prerromana. Suplemento de *Revista de Arqueología*. Zugarto Ediciones, S. A. Madrid, pp. 46-57.
- G. Ruiz Zapatero 1979. El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón. *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 247-287.
- 1980. Las cerámicas excisas del valle del Ebro y sus relaciones con el SO de Francia. *Oskitania*, I, pp. 37-58.
- 1985. *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*. Universidad Complutense, col. *Tesis Doctorales*, 83/85, 2 vols. Madrid.
- G. Ruiz Zapatero, A. Lorrio Alvarado y M. Martín Hernández 1986. Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: Aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico. *Arqueología Espacial*, 9, pp. 79-101.
- J. A. Sáenz de Buruaga 1986. Excavaciones arqueológicas en Alava durante 1985. *Revista de Arqueología*, 57, pp. 53-60.
- F. J. Sánchez-Palencia y M.^a D. Fernández-Posse 1985. *La Corona y el Castro de Corporales. I. Truchas (León)*. Campañas de 1978 a 1981. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 141. Madrid.
- J. C. Sierra Rodríguez 1978. *Sobre la tecnología del Bronce Final en los talleres del Noroeste hispánico*. *Studia Archaeologica*, 47. Valladolid.
- 1979. Edad del Bronce. *Gran Enciclopedia Gallega*, 9, pp. 211-214.
- 1985. Protohistoria. *Gran Enciclopedia Gallega*, 25, pp. 244-248.
- J. C. Sierra Rodríguez y J. Martínez Tamuxe 1975. El depósito de Mougás: Nuevos datos sobre la Protohistoria del W. de Galicia. *El Museo de Pontevedra*, XXIX, pp. 121-161.
- J. C. Sierra Rodríguez, A. J. Vázquez Vaamonde, L. de Luis y S. Ferreira 1984. *El depósito del Bronce Final de Samieira. Investigación arqueológica y experimental*. *Boletín Auriense-Anexo 2*. Vigo.
- M. L. Torras Troncoso, F. Díaz-Fierros Viqueira y J. M. Vázquez Varela. 1980. Sobre el comienzo de la agricultura en Galicia. *Gallaecia*, 6, pp. 51-54.
- A. Tranoy 1985. *La Galice romaine. Recherches sur le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*. *Publications du Centre Pierre Paris. Diffusion De Boccard*. Paris.
- J. M. Ugartechea, A. Llanos, J. Fariña y J. A. Agorreta 1971. El castro de Las Peñas de Oro. Valle de Zulla (Alava). *Investigaciones Arqueológicas en Alava 1957-1968*. Institución «Sancho el Sabio». Vitoria, pp. 217-264.
- Varios autores 1981. *Catálogo de la exposición Cántabros, Astures y Galaicos. Bimilenario de la conquista romana del Norte de Hispania*. Subdirección General de Arqueología. Ministerio de Cultura. Madrid.
- M. Vázquez Seijas 1953. Hachas de bronce de doble anillo. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo*, V, n.º 39, pp. 208-214.
- J. M. Vázquez Varela 1973. Bases paleontológicas para el estudio de la ganadería en la Cultura Castreña. *Compostellanum*, XVIII, pp. 309-316.
- 1974-1975. Hallazgo de bellotas en el castro de Vixil: Reflexiones sobre la agricultura castreña. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo*, IX, n.º 81-84, pp. 195-198.
- 1975 a. El conchero del castro de Queiruga (La Coruña). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XL-XLI, pp. 500-503.
- 1975 b. Estudio del conchero protohistórico de las islas Cies, Vigo. *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas-Compostela 1973*, I, pp. 291-295.
- 1975 c. Estudio de la fauna marina de los concheros de los castros de A Peneda y Montealegre (Pontevedra). *Gallaecia*, 1, pp. 141-146.
- 1976. Bases paleontológicas para el estudio de la pesca en la Cultura Castreña: Una investigación preliminar. *Boletín Auriense*, VI, pp. 83-86.
- 1977. La ganadería en la Cultura Castreña de Galicia. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología-Vitoria 1975*. Zaragoza, pp. 641-644.
- 1978. La pesca en la Cultura Castreña de Galicia. *Braña*, 2, pp. 79-90.

- 1980 a. La economía castreña al Norte del Miño. *Actas do Seminário de Arqueología do Noroeste Peninsular-Guimarães 1979*, II, pp. 197-204.
- 1980 b. *Las raíces de Galicia*. Ed. Sálvora. Compostela.
- 1983 a. La territorialidad en la Cultura Castreña: Una primera aproximación metodológica. *Actas del II Seminario de Arqueología del Noroeste-Santiago 1980*. Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 95-102.
- 1983 b. Los testimonios económicos. En G. Pereira Menaut (Ed.): *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Compostela, pp. 147-158.
- 1984. Galicia del Paleolítico a la romanización. *La Prehistoria y la Arqueología en la Actualidad*. Publicaciones del Museo Municipal «Quiñones de León». (Castrelos). Vigo, 7, pp. 35-55.
- J. M. Vázquez Varela y M.^a J. Aira Rodríguez 1988. La economía de los pueblos prerromanos del Norte de Hispania según los testimonios palinológicos. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua-Compostela 1986*. Universidad Compostelana, col. Cursos y Congresos. 52. vol. 11, pp. 291-298.
- J. M. Vázquez Varela y J. Cano Pan 1988. Una nueva perspectiva de la Edad del Bronce. *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 281-287.
- 1987. La otra cara de la Edad del Bronce. Reflexiones sobre el yacimiento de Portecelo. *Pontevedra Arqueológica*, III, pp. 95-100 (en prensa).
- R. Villares Paz 1980. *Historia de Galicia*. Ed. Santillana. Madrid.
- 1985. *Historia de Galicia*. Alianza Editorial. Madrid.